

GOMEZ PALLETE



LA
GRAN PEÑA

1869 - 1917

02



MA

5702

Ayuntamiento de Madrid

MA/5702

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LA
GRAN PEÑA
1869 — 1917

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

FELIPE GÓMEZ PALLARES

INSCRIBIDO MILITAR

La

“Gran Peña”

BODAS DE ORO

1869 - 14 marzo - 1919

¡**A**hí la tenéis!, queridos co-peñistas... La que nació fuerte, y tuvo una niñez *difícil* (si la palabra vale), aunque siempre robusta, tras una adolescencia espléndida llega hoy a fresca y exuberante matrona al cumplir *medio siglo*, con más socios de los que nunca pensó tener, y muchos más que pretenden serlo y a los que dificultades materiales retardan el ingreso.

Dos años han pasado desde el día en que nuestra muy querida Sociedad se instaló en casa propia,

Ayuntamiento de Madrid

REPOSICION DE LOS FONDOS DE LA BIBLIOTECA DE LA AYUNTAMIENTO DE MADRID
y ya entonces se rememoró por el autor de estas frases de íntimo entusiasmo —LA GRAN PEÑA-1869-1917— toda la historia pasada, que terminaba inaugurando satisfecha, con la agradecida presencia de SS. MM., el nuevo edificio, y sólo plácemes se registran desde aquella memorable fecha.

Los ingresos llegan a cifras increíbles, que no sólo permiten terminar con verdadera suntuosidad los múltiples detalles interiores que estaban pendientes, sino, lo que es más sorprendente, amortizar en 1918 el préstamo hipotecario de *un millón de pesetas* que se contrajo para la ejecución de las obras. Las condiciones de la operación financiera sólo exigían el comienzo de tal amortización en 1921 —dentro de dos años—, para terminar cuarenta y cinco después, y hacen ver la diferencia entre las *esperanzas* que entonces se tenían, y las *realidades* que hoy se disfrutan. Tan sólo *seis* cupones han sido pagados de los *ciento* que tenían los títulos, los demás han sido devorados por el fuego: una verdadera *lástima*...

Para completar los datos estadísticos que en el referido opúsculo se contienen, basta consignar que los ingresos han importado 1.096.000 pesetas en 1917, y otras 1.564.000 en 1918, y los gastos 1.121.000 y 689.000 en los mismos años, habiénd-

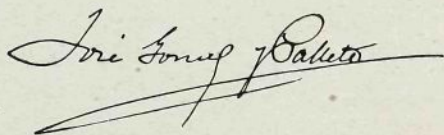
dose, además, invertido en la casa 196.000, con lo que el coste actual de ésta asciende a 2.123.000, muy aumentadas con el mayor valor que han tomado todas estas fincas. El número de socios en 1.º de marzo actual es 1.234 y de 306 el de los que tienen solicitado ingreso. El capital actual, sin pasivo alguno, puede estimarse en 2.554.000 pesetas.

No es de extrañar que al conocer tan próspera e inesperada abundancia, se haya lanzado la imaginación de los peñistas que continúan la tradición del inolvidable Olañeta, a soñar en grandezas que nunca podrán superar a lo que hoy representa la situación actual, si se la compara con lo que era en los comienzos de la vida social, con tanta más razón cuanto que esta época se señala en la historia madrileña, y aun española, por una plétora de proyectos y negocios, de dinero, en suma, que invitan a tomar parte en el espléndido movimiento. Con ocasión de la venta de algunos edificios, entre ellos el que ocupó la PEÑA en su fundación, hasta se ha pensado en lanzarse a renovar el domicilio social, ya que éste sería vendido, seguramente, en ventajosas condiciones, con el desembolso inicial de *un millón de duros*: —¡soñemos, alma, soñemos!...

Tal situación justifica el regocijo con que la

GRAN PEÑA, en masa, celebra sus *bodas de oro*, y que —sin olvidar crecida suma destinada a Beneficencia— haya tomado la determinación de nombrar *Peñistas honorarios*, con relevación del pago de la cuota mensual, a los escasos supervivientes de aquellos fundadores que se instalaron en las *banquetas de terciopelo granate*, y son los que, verdaderamente, celebran sus *bodas de oro* con la Sociedad. Gran satisfacción, pero muy grande, han experimentado todos estos *veteranos* al recibir de sus compañeros tal prueba de afecto, y el que suscribe, uno de ellos, en nombre de todos los demás, hace constar su agradecimiento, saboreando la íntima complacencia de haber llegado al actual momento, que bien puede llamarse histórico en los recuerdos de la GRAN PEÑA.

Madrid, 14 de marzo de 1919.

A handwritten signature in dark ink, reading "José Gómez Calero". The signature is written in a cursive style with a long horizontal flourish extending to the right.



JOSÉ GÓMEZ PALLETE

LA

GRAN PEÑA

1869 —
— 1917

MONOGRAFÍA HISTÓRICA

POR

JOSÉ GÓMEZ PALLETE

CON PRÓLOGO DE

LEOPOLDO CANO

CELEBRISTAS FUNDADORES

MADRID, 1917

R. 94.888

Ayuntamiento de Madrid



ES PROPIEDAD DEL AUTOR



Ayuntamiento de Madrid



PRÓLOGO

No se fíen ustedes del ilustrado y simpático General Gómez Pallete, porque hace cosas malas: escribe libros y pide prólogos.

¡Los libros, instrumentos del *timo de los profesorados* con que embaucaron nuestro candor juvenil, mientras las águilas analfabéticas se lanzaban a las cumbres, donde también lograron su albergue las perseverantes hormiguitas hacendosas...!

¡Prólogos a estas



LEOPOLDO CANO

I

I

Ayuntamiento de Madrid



fechas, queridísimo compañero, *copeñista*, y (por desgracia mutua) coetáneo!

¿Prólogo, yo que soy mi propio epílogo? El libro intitulado: MONOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA GRAN PEÑA, discreto, completo, nutrido y pulido, no admite otra añadidura que la más cordial enhorabuena; porque la invitación del autor a *tomar algo* cuando lo ha consumido y apurado todo, sin dejar migaja, ni gota para el que llega en ayunas, se asemeja al convite de la cigüeña, y me recuerda el siguiente diálogo entre un empresario artístico y un tenor de fuerza, venido a menos.

Arrellanado en el único sillón del comedor, el empresario, que ha terminado su almuerzo, dice al artista:

—Bien venido. ¿Quiere usted tomar alguna cosa?

El tenor va a lanzar un *sí*; pero al ver la mesa desierta, contesta:

—No, gracias.

—No hay de qué.

—Sí; ya veo que no hay de qué.

—Tome usted asiento.

El *dívo* busca dónde, y sólo advierte que en un rincón hay una bayoneta con la punta hacia arriba.

—Gracias —dice—. No quiero estropear los muebles de la casa.

—Me han dicho que usted daba el *do* de pecho.

—Por eso me he quedado sin él.

—Y ¿aquella voz armoniosa?...

—Me la he bebido; y he creado un estilo...

—¿Cuál?

—La estridencia. Verá usted.

Y el *tenorino* lanzó un gallo, que aún aletea por los aires.

.....

Yo, querido General, a la tierna edad de setenta y un abriles no tengo ya fuerzas para *hacer una plancha*, ni para dar el *do* de pecho, ni el *sí* conyugal.

¿Se conforma usted con un gallo? Pues va por usted, y ¡buen provecho!

¿PIÑA O PEÑA?—El atrevido explorador del origen de tan amable Sociedad ha tenido que librarse, con una *media verónica*, del *miura* de la política que se le venía encima; pero lo ocurrido no puede rectificarse; la Historia es inexorable, y mi memoria charla lo que sigue: (Aquí pongo dos puntos; y si ustedes quieren pongamos punto final.) En 1868, año de gracia (de gracia general), varios militares y paisanos formábamos, alrededor



de una mesa del café Suizo, una agrupación a la que, por estar en ella *apiñados*, llamaba yo *Piña*; otros dijeron que era *Peña*; discutimos acaloradamente y, como ellos no tenían razón, triunfó su parecer. La *Piña* se llamó *Peña*; y el léxico español sufrió una avería más.

¿Por qué se fundó la Gran Peña?

El autor lo cuenta sin eufemismos ni circunloquios; y hace bien; porque los pecadores tienen derecho al perdón, pero no al olvido; y si sus hechos fueron triunfos, no hay para qué poner sordina a las trompas de su fama.

La fraternidad militar había abierto un paréntesis (que se llenó de ceros); algunos compañeros de armas nos traían de Alcolea toda la colección de derechos individuales, de cuya defunción pueden certificar en la Casa del Pueblo; otros se preparaban para discutir a balazo limpio la vigencia de la Ley Sálica; y las virtudes militares, rendidas a los halagos revolucionarios, empezaban a recibir del hastío el premio consiguiente a la posesión de la hermosura frágil: el desprecio, que aún perdura bajo la fórmula de *antimilitarismo*.

In illo tempore decían que la libertad había llegado a Madrid; pero nosotros teníamos que ir

con revólver al café; y, a propuesta mía, la piña o peña se trasladó al billar del café Suizo Nuevo, de la calle de Sevilla, el día 30 de Septiembre del citado año.

Éramos pocos, pero los bastantes para formar la escolta de bandera del pundonor; y en nuestros brazos recibimos luego a pobres y ricos, jóvenes y viejos, militares y paisanos, absolutistas o liberales; y la Gran Peña fué injustamente tildada de reaccionaria y conspiradora, pues la política se dejaba en el sitio merecido: en el umbral de la puerta, entre los chanclos de los días de barro y a la altura de las conteras de los bastones.

De la modesta y honesta Sociedad sólo dejaron de ser socios los que no se atrevieron a solicitarlo, y... todo lo demás está magistralmente referido en la obra del General Gómez Pallete, constante poseedor de una plaza de viejo peñista, como la que yo conservo y no disfruto.

Él, y yo, y pocos más, hemos tenido la desgracia de sobrevivirnos; y de aquella Peña, que fué nueva casa solariega de la Legión de Honor Militar, sólo quedamos la media docena de veteranos, cuyos bigotes blancos cuelgan como ramas de sauce funerario de los balcones del vetusto domicilio social donde yace nuestra juventud, y son

ya ajenas todas las alegrías de la vida; y yo que, sorteando superhombres que llevan prisa y automóviles de marcha rápida, e impulsado por la nostalgia senil, me refugio en aquel rinconcito obscuro donde se agrupaban los fundadores de la Gran Peña, para disfrutar en mis soledades lo que ellos y yo hemos procurado merecer y los reformistas no pueden quitar a la vejez honrada: la altísima recompensa de la propia estimación.

Leopoldo Cano





GRAN PEÑA

La sociedad así llamada comparte los favores de la madrileña masculina con otras de su misma índole, no muchas, seguramente, y forma uno de esos núcleos destinados a la instrucción unas veces, a necesidades profesionales otras y, las más, al esparcimiento de colectividades más o menos —más bien *menos* que *más*— exclusivistas, que buscan en la agrupación comodidades y ventajas que no se pueden obtener aisladamente, y grato solaz en las horas del cotidiano descanso.

Las poco frecuentes ocasiones en que suelen ocuparse de ella las crónicas de revistas y periódicos, se la da el apelativo de «aristocrática»... Pero, ¿merece tal calificación? Y para responder a esta pregunta es indudablemente preciso bus-

car su origen y apreciar su funcionamiento, su organización y hasta la razón de ser de su nombre, **Gran Peña**, o la **Peña**, a secas. Parece indicado, si de averiguar se trata el significado de alguna palabra española, acudir en primer término al Diccionario de la Academia de la lengua, que dice: «**Peña** = f. Piedra grande sin labrar...» No, no es este el concepto que aclare la aplicación que aquí se le da. Y más abajo: «**Peña** = f. ant. Piel para forro...» Tampoco es eso. O bien: «**¡Peñas!** Especie de interjección...» Menos aún. Si se recurre al Diccionario hispanoamericano se encuentran las mismas acepciones, a más de otras múltiples de nombres geográficos o propios de diversas personas más o menos importantes. Con esta nueva consulta no se sale de dudas. Y en el Diccionario militar del ilustre Almirante tampoco se dice más que lo de «Piedra grande...»

Hay, pues, que seguir otros rumbos para averiguar algo de provecho, consultando con los antiguos socios, o si se quiere, que sí que se quiere, *peñistas*, ya que este nombre llevan desde los primeros tiempos, y será fácil encontrar plena explicación del susodicho nombre, a primera vista tan extraño.

Llámanse *peña* entre los oficiales del Ejército, en especial los jóvenes, y muy singularmente los alumnos de las Academias militares, la reunión de varios compañeros, con exclusión, no muy absoluta, de toda persona extraña a la colectividad, que sirve de eficaz y grato, gratísimo descanso a las tareas diarias, como se dice también *estar de peña* al acto de formar parte de tales reuniones, en las que no se entonan, seguramente, himnos a la disciplina, ni tampoco se rinde culto a la verdad si de femeninas incidencias se trata, sin que la natural, aunque reprobable jactancia en este último caso salga de los límites que la caballerosidad impone, ni el desahogo, en el primero, para criticar, y aun tal vez censurar, disposiciones superiores, llegue nunca a producir retraimiento en la buena voluntad con que siempre se hace lo que haya que hacer, ni menos a producir trastornos en la cariñosa obediencia. Si en tiempos pasados se produjeron las sediciones que ya han desaparecido, por gran fortuna, no fueron jamás incubadas ni discutidas en estas *peñas*, sino en otra clase de reuniones a las que nunca se designó con tan inocente y cariñoso apelativo. Y así como existían las *peñas* de Artillería, de Estado Mayor o de Caballería, o las de la «Iberia», el «Suizo»,

o el «Lyon d'Or», natural parece que al reunirse en una sola recibiese el nombre de GRAN PEÑA. La explicación es lógica, y no hay otra, desde luego.

Pero esta PEÑA, terror de las familias, víctima de los Gobernadores, y que tan preeminente lugar ocupa en la sociedad madrileña, ¿cómo funciona? ¿merece las diversas calificaciones que se la dan? Cosas son todas estas que podrá deducir el que leyere, si paciencia tiene, que por ahora basta con el bautizo.





¡FIAT LUX!

COMENZABA el año 1869. Pocos meses antes había tenido lugar la revolución de septiembre de 1868, memorable hecho histórico que tanta influencia ha tenido en la política —y aun en lo que no es política— de nuestra querida España. No es este el sitio de juzgarla, que si reprobación merece por el hecho en sí, agravado con la parte que en ella tomó el ejército, no falta quien crea que fué altamente beneficiosa para el país una vez terminada la efervescencia producida, y vueltas las cosas, siete años después, al cauce regenerador que hoy sigue. Mas sea de ello lo que quiera, que la historia es la que ha de apreciarlo, lo cierto es que en la fecha antes citada existía una profunda división, y aun enconado antagonismo,

entre los oficiales del ejército que habían tomado parte en el movimiento revolucionario, con los inolvidables Duque de la Torre y Prim a la cabeza, y los que se habían opuesto; es decir, entre los vencedores y los vencidos de Alcolea. Las ideas de unos y otros, el amor de éstos al régimen caído, o de aquéllos a la novedad, y aun, tal vez, el rápido y lógico encumbramiento de algunos, hicieron que los otros tuvieran profundo disgusto, perfectamente justificado por otra parte.

Entre éstos figuraban en primer término, con razón o sin ella, que no hay para qué averiguarlo ahora, los oficiales pertenecientes a los tres cuerpos llamados entonces *facultativos*, o sean Estado Mayor, Artillería e Ingenieros, con los que simpatizaban buen golpe de sus demás compañeros, y que censuraban áspera y públicamente la todavía insegura marcha de los acontecimientos en sus reuniones, en sus *peñas* habituales de los cafés más céntricos y concurridos. Reuníanse los de Estado Mayor y los de Ingenieros en el café *Suizo*, que desde entonces no ha variado en nada, y pronto fueron advertidos de que sus conversaciones eran conocidas de las autoridades, que, como es de suponer, les hicieron observar la inconveniencia de sus actitudes, francamente hostiles a lo

nuevamente creado. Formaban esta *peña* Navarro, Marengo, Cortés, Pera, Osma, y tantos otros que han abandonado este pícaro mundo, siendo uno de los más asiduos hasta el mes de septiembre el simpático y bravo capitán de Estado Mayor, Pepe Meca, muerto en el campo de Alcolea, que para él fué del honor, y que, aunque no llegó a la época en que estos sucesos tienen lugar, bien merece un cariñoso recuerdo. Para sustraerse a la vigilancia o curiosidad del público en general, y en particular de quienes pudieran creer que sus apreciaciones eran otra cosa que *espuma de cerveza*, idearon pedir al dueño del café —no se sabe si a Matossi, a Fanconi, o a algún compañero—, les designase un local donde no tuviera ingreso el público ni hubiera, por lo tanto, temor a indiscreciones. Para dar mayor fuerza a la petición se consiguió sin dificultad que los artilleros, que tenían su *peña* tradicional en el café de la Iberia (desaparecido hace pocos años), se adhiriesen al movimiento. Entre ellos figuraban Mesa, Sevilla, Alberico y tantos otros.

Pronto se llegó a un acuerdo, instalándose los concurrentes a las mencionadas *peñas* en un salón del piso entresuelo ocupado por el café en el número 16 de la calle de Sevilla, sin más mobiliario



que el corriente, reducido a mesas de mármol sujetas al pavimento y las tradicionales banquetas de terciopelo (?) granate.

El éxito fué inmenso, e insuficiente el local para los adheridos a la idea, y entonces se pensó en la creación de la Sociedad que hoy se muestra en toda su pujanza. Desde luego se convino en no limitarla a militares, sino admitir cuantos elementos se creyeran convenientes. Rápidamente se hicieron listas, se nombró Junta directiva, y fué designada la nueva Sociedad con el nombre que lleva. La GRAN PEÑA quedó constituída el día 14 de Marzo de 1869, y fuerza es reconocer que ha prosperado.





LOS PRIMITIVOS POBLADORES

TRESCIENTOS ochenta y ocho *peñistas*, que tal denominación acordaron llevar, según ya se ha dicho, constituyeron la naciente Sociedad, cuyo origen, ya explicado, no indicaba, seguramente, aspiraciones de grandeza, sino de afectuosa intimidad. La primera Junta directiva, a la que se llamó «Directorio», fue constituída por los «Directores» D. Federico Argüelles, D. Manuel Azpiroz y D. Baltasar Llopi; Secretario, D. José Gamir; suplentes de Directores, el Conde de Alcoy, D. Eduardo de Garamendi y D. Victoriano de la Torre, y de Secretarios, D. José de Olañeta y D. Wilfredo Ruiz Dávila, presididos por D. José

María de Garamendi, importante y respetable notario de esta villa. Ni corto ni perezoso, este Directorio convocó a la primera Junta general,



D. JOSÉ MARÍA DE GARAMENDI

celebrada el 1.º de Abril de 1869, en la que aquél dió cuenta de quedar constituida la Sociedad, y que adoptado el sistema de administración directa procedía el nombramiento de Contador y Tesorero, siendo designados para tales cargos, respectivamente, D. Eusebio Hernández Gálvez y don Juan Barranco.

La Junta general otorgó un amplio voto de confianza a los peñistas que habían de organizar y regir los destinos de la GRAN PEÑA, incluyendo el encargo de gestionar cerca de los propietarios de la casa inmediata en la calle de Alcalá el arrendamiento de locales del piso entresuelo que pudieran unirse a los ya ocupados,

ensanche exigido por el creciente aumento de la Sociedad.

De tal manera organizó el Directorio la administración de la GRAN PEÑA en todos sus conceptos, principalmente en el financiero, que sus acuerdos perduran todavía en su esencia, a pesar de los cambios tan radicales experimentados por la Sociedad. Justo es, ya que ninguno de ellos puede disfrutar el resultado de su labor, dedicar a todos y a cada uno de los buenos compañeros que lo formaron un piadoso y efusivo recuerdo de agradecimiento y admiración por el valor de aceptar y la pericia de encauzar, tan a satisfacción de sus poderdantes, la marcha de una entidad naciente, a la que se suponía desde fuera, aunque sin ninguna razón sólida, desafecta al nuevo régimen. Ni podía serlo, seriamente, una Sociedad que desde sus comienzos adoptó el lema «*Ni timba ni política*», ampliado con los de «*fraternidad inquebrantable*» o «*distinguida educación me constituye*», que han regido y siguen, virtualmente, rigiendo los actos, tanto colectivos como individuales de todos los peñistas, dando a la GRAN PEÑA el sello de distinción que la caracteriza, dicho sea sin falsa modestia.

Dos entusiastas miembros del Directorio, Ga-

ramendi y Olañeta, tomaron a su cuidado el ensanche de los salones, una vez ultimado el arrendamiento de algunos locales en la ya citada casa número 36 de la calle de Alcalá, con vuelta a la de Sevilla, calle, esta última, que por entonces era más estrecha que es hoy la acera inmediata al café



D. JOSÉ DE OLAÑETA

militar, preside hoy las sesiones de la Junta directiva en la sala a ellas destinada, era el iniciador

Suizo. Y como el comer, el rascar... y el engrandecerse, todo quiere empezar, surgieron los deseos de decorados elegantes, confortables muebles y comodidades en que nunca pudo pensarse. Olañeta, cuyo retrato, luciendo las hoy extrañas divisas de galones de coronel y estrellas de teniente coronel en las bocamangas, y las de capitán en el sombrero apuntado de su uniforme de ingeniero

de las reformas que acometía sin tasa ni medida, y Garamendi, hijo del Presidente e ilustre abogado de este Colegio, ponía prudentes y sabias restricciones, resultando de ambas tendencias un conjunto armónico que dió a la Sociedad condiciones de vida proporcionadas al número de sus afiliados.

Contratáronse muebles con el mejor fabricante de Madrid, Antonio Martínez; se decoraron los salones, estableciendo billar, sala de lectura y guar-



D. EDUARDO DE GARAMENDI

darropa —aquí de Olañeta—, aunque hubiera que pagar a plazos los siete mil duros que importaron las mejoras. No presentaron dificultades los industriales proveedores a facilitar sus productos, pero exigiendo la garantía *personal* del Directorio o de otros peñistas de responsabilidad. Pero —aquí de Garamendi— no fué admitida esta condición en previsión de futuras contingencias,

sino que se convino con aquéllos en que no hubiese más garantía que los mismos muebles suministrados, ni más obligación para la Sociedad que devolverlos en totalidad, pero en el estado en que se encontrasen, si la GRAN PEÑA sucumbía, considerándose como alquiler y reparo de deterioros los plazos pagados hasta ese día nefasto, que no podía presumirse en aquellos momentos. La única responsabilidad que asumió el Directorio, aun después de terminar su gestión, fué que los muebles no saldrían del local en ningún caso que no fuera el citado. También se estableció, sabia medida

LA GRAN PEÑA

LA GRAN PEÑA.

NÚMERO 157

MES DE OCTUBRE DE 1869.

El Peñista Sr. D. *Daniel Alor*
 ha satisfecho DOS ESCUDOS por la cuota del presente mes. *yes*
de entrada EL CONTADOR.

Ha Clara 2.º

RECIBO DE LA CUOTA DE INGRESO EN 1869

que siempre ha figurado en los reglamentos, que la responsabilidad de los socios se limita, suceda

lo que quiera, al pago de las cuotas establecidas. Para atender a gastos de menor cuantía, que no admitían aplazamiento, se satisfizo una cuota de tres duros. Y la GRAN PEÑA prosperó, y hasta hay quien recuerda el *despilfarro* de haber celebrado con espléndido ágape, al que fueron invitadas las señoras, quizás por única vez en la vida de la PEÑA, la inauguración de los flamantes salones. En el dedicado al *bridge* últimamente tuvo lugar el festín.

Pero, ¡ay!, no debía durar mucho tanta belleza... La ensañada guerra civil llamó al Norte a buena parte de los peñistas, produciendo la soledad en los salones, la escasez en la caja, y la necesaria reducción de gastos para nivelar el desequilibrado presupuesto; los Directorios de esta época hubieron de realizar sobrehumanos esfuerzos para sostener la vida de la Sociedad, seriamente amenazada. De los primeros recursos arbitrados fué la modificación de las cuotas, ya reduciendo la de entrada de 50 a 25 pesetas, y suprimiendo las de regreso para facilitar el aumento de concurrentes, o ya elevando las mensuales de los propietarios a 30 reales, y a 40 las de transeúntes, y obligando a pagar 10 a los ausentes eventuales. Las tarifas de los juegos son también



objeto de aumento, pagando el dominó *medio real* por puesto, de día; el *real* entero por la noche, hasta las tres de la madrugada, y *dos reales* en adelante; persiguiendo a los trasnochadores, además, con el pago de tres pesetas la hora en el billar y una de aumento en igual plazo a las tarifas ordinarias de los demás juegos; ni el inocente *chaquete* se escapa, y sus jugadores hubieron de pagar, cada uno, *medio* o *un real*, según la hora. Se castigaron algunos gastos, alumbrando los salones con petróleo durante unos meses y suprimiendo periódicos y criados; se intentó establecer una lotería mensual, que no dió resultado, y ni aun el cariñoso y agradecido ofrecimiento de algunos oficiales de Artillería que desde el Ejército del Norte quisieron pagar sus cuotas, cual si presentes estuvieran, permitieron salir adelante, tanto más cuanto que ya el *casero* insinuaba las subidas del alquiler, pidiendo 1.000 pesetas anuales sobre las 3.000 que se pagaban para iniciar el alza que tanto incremento tomó en los últimos tiempos. El mayor peligro de tal penuria era la falta de pago al tapicero Martínez de los plazos convenidos, que ya se habían retrasado, aunque abonándole crecidos intereses de demora, y para satisfacer sus justas exigencias, a las que daba más fuerza la crisis eco-

nómica que la industria atravesaba, se ideó un empréstito de 50.000 reales, dividido en cédulas de 200, con interés anual de 6 por 100 y amortización cuando se pudiera. Con ellas se dió por pagado Martínez del resto de su crédito, y ya



EMPRÉSTITO DE 1873

se pudo afrontar la situación en la confianza de que la proclamación de Alfonso XII, recibida por la GRAN PEÑA con el entusiasmo que puede suponerse, diese fin a la guerra civil, entrando en la normalidad el país entero y la Sociedad, por consiguiente.

Aquella época de tristezas, que no sólo afligían a la Sociedad sino a toda España, será siempre recordada como ejemplo de esfuerzos para sostener la vida colectiva, esfuerzos que llegaron en

ocasiones a tener que anticipar de su peculio los miembros del Directorio alguna cantidad para pagar a los criados... La genialidad de un artista del lápiz la bautizó, llamándola de *los primitivos pobladores*, en un dibujo cómico que presentaba a dos eximios peñistas (los dos presidieron la Sociedad) sentados en sendas sillas averiadas y con un desportillado botijo por todo recurso.





TRANSICIÓN

CON la vuelta de los peñistas, una vez terminada la guerra civil, y el ingreso de otros muchos, adquirió la GRAN PEÑA nueva vida, que esta vez se presentaba robusta, aunque sin dejar de ofrecer dificultades las aspiraciones, por todos sentidas, de cambiar de aspecto, sustituyendo la modestia primitiva por grandes esplendideces que, en ocasiones, no llegaban a cuanto se quería.

Por de pronto se atendió a una de las necesidades más apremiantes, cual era el pago de intereses y amortización del empréstito hecho en 1873 que, a la verdad, sólo preocupaba por la gran parte que estaba en poder de Martínez, y aun por otra menor que tenían los dueños del café Suizo; las demás, suscriptas por los peñistas, justo es de-

cir que no molestaban, por no presentarse al cobro de unos y otros devengos cuando llegaba la ocasión. Se restablecieron los sorteos mensuales para amortizar las acciones, y ya en 1878 se reembolsaron a Martínez las 53 que tenía, y las 8 de Matossi. Pero hasta 1882 no termina la amortización, anunciándose el pago de las últimas 20 acciones en circulación y de todas las demás no presentadas en su día. Tal anuncio dió *escaso resultado*, ya que la gran mayoría de las acciones llamadas no se presentaron, y su importe quedó a beneficio de la Sociedad.

Los propietarios de los inmuebles ocupados por ésta quisieron también disfrutar su parte en la iniciada prosperidad, y no se manifestaron parcos, elevándose a 2.000 pesetas el alquiler que se pagaba a Matossi por los locales que en subarriendo utilizaba la GRAN PEÑA. El de la casa de la calle de Sevilla anuncia por su parte que ha de hacer grandes obras en su finca y, en consecuencia, exige se desocupe el piso a no darle entrada por el núm. 36 de la calle de Alcalá. El Directorio se defiende como puede, aunque siempre con *pérdidas*, de la acometividad *caseril*.

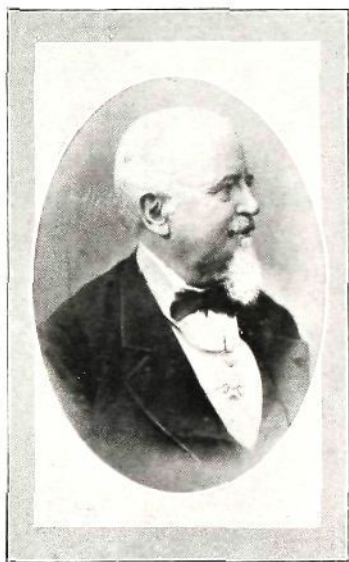
No deja de presentarse, en holocausto a la tradicional modestia de la Sociedad, la ocasión de

hacer alguna economía, que bien pudiera considerarse como *nota cómica*, que no deja de serlo el despedir a un criado durante el verano, para volverlo a admitir en el invierno, o imponer a los juegos recargo en sus cuotas de una peseta por hora desde las tres de la mañana, incluyendo no sólo el *chaquete*, sino... el *jajedrez!*... Poco duraron tales cuotas, y aun puede suponerse que no se cobró ninguna.

Como detalle, único en la historia de la GRAN PEÑA, debe consignarse el nombramiento de *Presidente honorario* de la Sociedad a favor de Don Baltasar Llopis, peñista

que se distinguió notablemente por su amor a la colectividad en los buenos como en los malos tiempos, y cuyo retrato figuró durante muchos años en los salones.

Pero lo que inició el cambio radical de la GRAN



D. BALTASAR LLOPIS

PEÑA, como consecuencia natural de la gran afluencia de socios, fué la lógica expansión de las distracciones, llegándose a veces hasta infringir, más o menos clandestinamente, el precepto fundamental, y a producir repetidas y terminantes prescripciones del Directorio, que se ocupaba del caso en sus sesiones y no se veía siempre con buena voluntad obedecido, marcando así bien explícitamente las aficiones de buena parte de la concurrencia. A tal extremo llegaron los devotos del *nuevo régimen*, que provocaron la dimisión del Directorio, pues éste se consideraba sin medios coercitivos para detener el progreso de los tiempos. La Sociedad, reunida en Junta general, apoyó, ¡cómo no!, a la Directiva, rechazando la dimisión y autorizándola a expulsar a los peñistas que faltaran a las santas tradiciones.

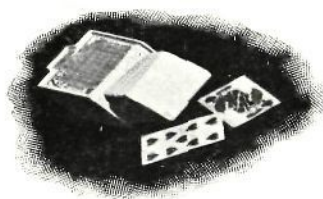
Aunque no llegó, claro está, el caso de utilizar tal autorización, continuaron así las cosas durante algún tiempo, produciéndose un notable aumento en ingresos y gastos, y bien pronto fueron éstos exagerados con relación a los primeros, contribuyendo no poco a ello las crecientes exigencias del propietario del inmueble. Gran esfuerzo costó al Directorio hacer frente a la situación que se presentaba; pero vencido al fin, más quizá por

los manifiestos deseos de los peñistas que por las exigencias financieras, explicó su actitud en la Memoria que presentó a la Junta general al cesar en su cometido el mes de Febrero de 1883.

En ella hace constar que con sólo 1.200 pesetas que recibió de su antecesora hizo frente a los gastos que se ocasionaban, entre los que ocupó lugar preferente la total amortización del empréstito, de que ya se ha hecho mención. También hacía notar que sólo «con los grandes esfuerzos» hechos por las Juntas anteriores, y a su nunca «bien ponderada y ejemplar administración, planteada desde 1871, pudo evitar la PEÑA el naufragio de que se vio amenazada, y tener al presente la satisfacción de verse reunida; pero siendo evidente que agravada la gestión financiera, ya precaria, de año en año, había llegado a ser absolutamente insostenible, dando lugar a públicas y enojosas comparaciones y a tan sarcásticos como duros calificativos». Igualmente aparece en el mencionado documento, que bien puede calificarse de *memorable*, que, «desechados los cursos que pudieran arbitrarse por considerarlos inadmisibles, y siguiendo los impulsos de su corazón, no titubeó en asumir la responsabilidad de sus actos para evitar a toda costa la

» desaparición de este Centro que, si bien modes-
» tamente y sin pretensiones desde su fundación
» en 1869, nada dejó que desear, así por la frater-
» nidad que siempre reinó, como por el bienes-
» tar proporcionado a los socios, recurriendo por
» todo ello a dar más ensanche a los juegos re-
» creativos, sin contravenir a la ley, y designán-
» doles módicas cuotas, con lo que pudo aten-
» der a las necesidades sociales». La Junta general
aprobó todo lo hecho por el Directorio y acordó,
a propuesta de éste, ampliarlo con un Bibliote-
cario y suplentes de este cargo, el de Contador
y el de Tesorero.

Y aquí termina esta fase de la vida de la GRAN
PEÑA, viviente ejemplo de lo que puede la *bucna*
voluntad... cediendo al empuje del guía.





PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

ASEGURADA la vida de la GRAN PEÑA en el concepto económico, empezó la ambición por romper los antiguos moldes, adaptando los usos y costumbres de la Sociedad a las crecientes necesidades de los numerosos peñistas que mensualmente se alistaban. Pero fuerza es confesar que así como en los tiempos de escaseces hubo una gran unidad de acción para afrontar las dificultades del día, así en cuanto éstas quedaron vencidas fué reemplazada la lucha por la existencia por otra lucha, si no tan dura como aquélla, más viva y más manifiesta, la lucha por el engrandecimiento, no siempre seguida con la misma orientación.

Así se observan hechos contradictorios; las cuotas de ingreso de los peñistas propietarios se elevaron de 100 a 250 pesetas, y poco después a 500, para volver a 250, y otra vez a 100 seis años después de la primera subida, obedeciendo siempre al deseo de perseguir el fin deseado, el fomento de la Sociedad, en el que todos estaban de acuerdo, aunque creyendo conseguirlo por diversos medios. También varía el criterio para el abono de cuotas que han de hacer los socios que reingresen, siendo el más duradero que no paguen más que los recibos corrientes desde su alta. El pase de peñistas transeuntes a propietarios se consigue, generalmente, a los cuarenta meses, elevados después a ciento, de pagar la cuota con 2,50 pesetas de recargo.

En alguna ocasión propusieron 56 peñistas, militares en su mayoría, que pudieran ser socios transeuntes los que no tuvieran aquella calidad, y la Junta general lo rechazó, aceptando después dar a estos últimos un plazo temporal para ingresar con la condición citada, que muchos utilizaron. Los diplomáticos son admitidos como transeuntes, y sin necesidad de votación lo son también los jefes de misión que lo deseen. Por último, y para marcar las veleidades que solían reinar, bas-

ta consignar que en un solo año, el de 1893, se suspendió la admisión de socios transeuntes, se admitieron de nuevo, y se aumentaron 2,50 pesetas las cuotas mensuales, fijando en 10 pesetas las de propietarios y 12,50 las de transeuntes.

También puede citarse, como nueva muestra de las vacilaciones que se producían, el acuerdo de que los peñistas propietarios, presentes y ausentes, no pasaran de setecientos; fácilmente se advierte que aunque se quisieran dar reglas para la aplicación de este precepto no llegara a tener lugar.

Pero si en la admisión de peñistas hubo alternativas, no sucedió lo mismo en cuanto al desarrollo del local ocupado por la GRAN PEÑA, y bien se comprende que así tuviera que ser por el creciente ingreso de aquéllos, que no bastaban a contener los acuerdos de que antes se ha hecho mención; el propietario del inmueble, por su parte, aprovechaba constantemente tales circunstancias, y no daba paz a la mano en sus crecientes exigencias, tanto en la parte directamente alquilada al propietario de la casa núm. 36 (hoy 16) de la calle de Alcalá, como en la subarrendada al café Suizo en la de este último número en la de Sevilla. En 1885 se consiguió abandonar esta últi-

ma, tapiando la comunicación entre el primitivo local, aquél de las mesas fijas al suelo y las banquetas de terciopelo, que había sufrido múltiples

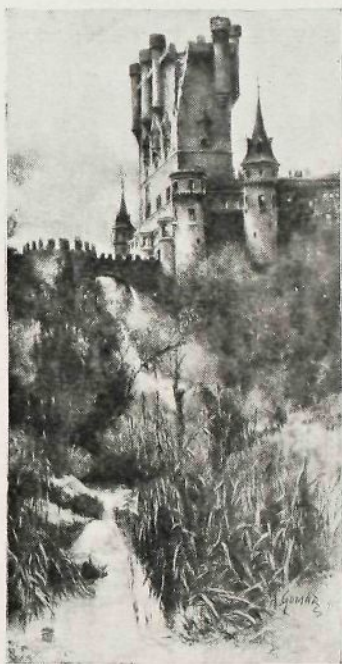


SALÓN DE TRESILLO

transformaciones, y el salón llamado en el *argot* de la casa el *número uno*, que era el destinado a los juegos franco-ingleses de *besigue* y *bridge*, con los que nunca quiso transigir, juzgándolos extraños, el clásico tresillo, que, sin embargo, tuvo que soportar por falta de local, muy a disgusto y siem-

pre protestando, la compañía del norteamericano *poker*. Y como botón de muestra puede hacerse constar que para cancelar la obligación en que la PEÑA estaba, o pudiera estar, de consumir los artículos de café y repostería del citado establecimiento helvético, quedando así en libertad de surtirse donde mejor le pareciera, se la abonaron 1.500 pesetas, aunque por una sola vez.

La cerrada puerta quedó, por el momento, tal como la dejaron los albañiles, enlucida con tosco yeso blanco, en espera de la proyectada decoración del salón. Así estuvo algún tiempo, no sin provocar impaciencias, cuando una buena mañana apareció cubierto el yeso con un artístico dibujo al carbón en el que hábil, ¡pero qué hábil!, peñista había repro-

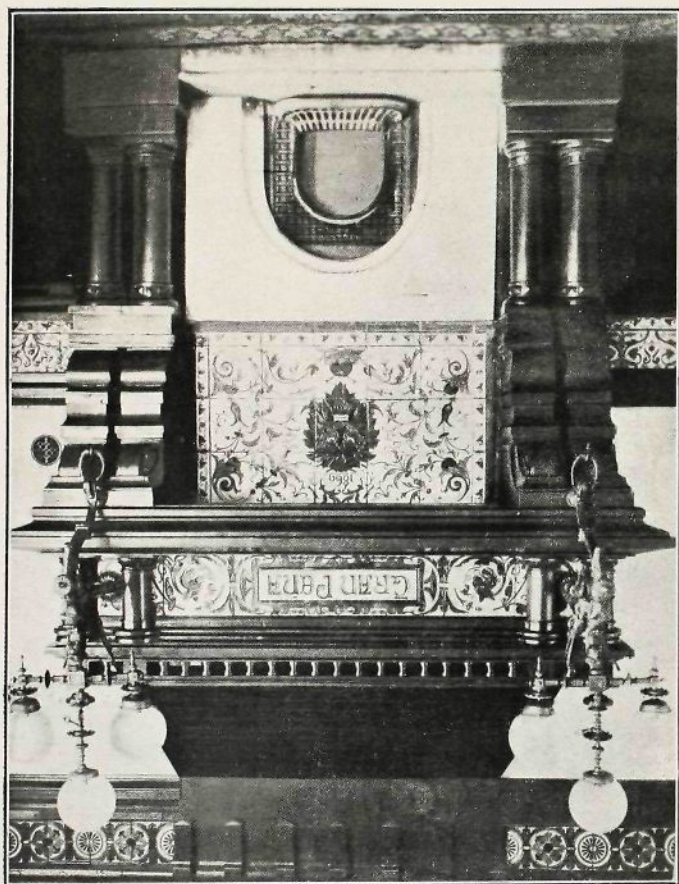


ALCÁZAR DE SEGOVIA
CUADRO DE ANTONIO GOMAR

ducido en la noche anterior el Alcázar de Segovia. Menester era tomar vez entre los socios para contemplar la novedad maravillosa, que pronto fué cubierta con diáfana luna para preservarla, cuanto posible fuera, de los agentes externos. El agradecimiento al ilustre Antonio Gomar no tuvo límites, y le fué cariñosamente demostrado por la GRAN PEÑA cuando completó su obra con otras dos composiciones alegóricas, *Paz y Guerra*, que figuraron en el mismo salón. Y si el original del primer apunte había sufrido, y bien lo mostraba la copia, las inclemencias del tiempo, tampoco ésta pudo subsistir mucho, y tanto por su deterioro como para dar lugar a la elegante y españolísima chimenea que ocupó su sitio, tuvo que ser destruída, no sin obtener la formal promesa del cariñoso artista de reemplazar la viñeta, aunque en forma más permanente, con la que entre los dos cuadros mencionados ha sido admirada hasta la evacuación total del inmueble. Hoy ocupan los tres, en la nueva casa, sitio preferente.



CHIMENEA DE ROBLE Y AZULEJOS



Ayuntamiento de Madrid



Y ahora ya, ¿quién pone puertas al campo? ¡ancha es Castilla!; pronto se organizan los servicios de carruajes, comedor, venta de tabaco, vinos, té... y el inevitable *comptoir*, para el cual no ha sido posible encontrar, ni tal vez se ha buscado, nombre en castellano. La instalación de luz eléctrica da mucho, pero mucho que hacer, ya por las dificultades inherentes a todo lo que empieza, como por la diversidad de compañías a tal industria dedicadas.

Acogidas con gran fruición todas estas novedades, no dejan de ofrecer de vez en cuando sus tropiezos. Así, los coches —para los que se adoptó en cajas y libreas el color verde oscuro con vivos amarillos, como distintivo de la GRAN PEÑA, extendido al vestuario de los criados y a las colgaduras de gala para los balcones— produjeron en ocasiones un déficit para la Sociedad de pesetas 14.000, por haber cometido la imprevisión de hacer la contrata a tanto alzado —17 pesetas por día y coche—, cobrando aquélla los in-

gresos; o dieron lugar, con la instalación de los llamados *cabs* (estilo inglés), a escenas cómicas y a tener que reducir a la mitad su precio de alquiler, y ni aun así encontraban marchantes. Después funcionaron a satisfacción —los coches, no los *cabs*—, cobrando el contratista directamente en el *comptoir*, aunque no sin exigir alguna subvención de vez en cuando.

También el comedor ofreció sus alternativas; estuvo auxiliado por la cocina del Casino de Madrid, a la que se pagaban 3.000 pesetas anuales; y arrendado después, con tan variadas incidencias que contratista hubo que rescindió la obligación contraída a los pocos días de empezar su servicio. Merece citarse, como muestra de los caprichos directivos, el hecho de prohibirse a uno de los cocineros que mejor recuerdo han dejado el facilitar a los peñistas abonos en muy buenas condiciones económicas, y que tuvieron gran aceptación, por la razón poderosa de que las tales suscripciones ¡no eran de buen tono...! Este servicio, como el de carruajes, obtuvo subvenciones muy cuantiosas en efectivo, a más de la indirecta de criados, local, luz, mobiliario, ropas, etc., que no dejan de hacer pensar en la diferencia entre este servicio y el de los *restaurants* públicos;

es inexplicable esta circunstancia, pero así son los hechos.

La Junta directiva de la Sociedad tuvo que ser reforzada para atender a la vigilancia y administración de las crecientes necesidades, y al perder su primitivo nombre de *Directorio* quedó constituida por el Presidente, un Vicepresidente, ocho Vocales, Contador, Tesorero, Bibliotecario y dos Secretarios, renovándose todos por mitad al fin de cada año. No faltaron a los dignos y resignados peñistas que las compusieron disgustos y contrariedades, anexas, sin remedio, a la dirección de colectividades numerosas y de suyo poco gobernables; pero muy rara vez trascendían los sucesos a la Sociedad, que siempre, justo es decirlo, apoyaba los acuerdos de sus directores cuando era preciso someter el caso a la Junta general. Las resoluciones de la Directiva, hechas a gusto de todos, salvaban rápidamente el conflicto en los poquísimos casos que se presentaron.

Uno de los más importantes, quizá el único que tal calificación merezca, fué la denuncia hecha ante los Tribunales por un peñista expulsado de la Sociedad, que recurrió a tal procedimiento para hacer valer sus derechos contra tal decisión de la Junta directiva. Ésta compareció

ante el Juzgado y Audiencia, que no estimó fundada la demanda y sobreseyó en las actuaciones. Fué asistida por el letrado D. Francisco Silvela, quien, caballerosamente, no quiso percibir honorarios, alegando que se consideraba remunerado con la honra de haber representado a la GRAN PEÑA, y la satisfacción del éxito conseguido; oportunamente manifestó la Sociedad su agradecimiento, y aquí es ocasión de renovarlo.



Y a todo esto, de las finanzas ¿qué? —Pues las finanzas, ¡bien! Que si es verdad que por un lado suben y bajan las cuotas, como ya se ha dicho, seguramente mirando a los ingresos, o se hacen economías de criados, y se castigan, duplicándolas, las tarifas de los juegos en las altas horas de la madrugada, también lo es que se adquieren cuatro mesas de tresillo en 1.000 pesetas —las cuatro, bien se comprende—, con sendas parejas de candeleros, que se pagan cada una con otras 180, y hay año —1890— en que se invierte en



obras la no despreciable suma de 43.848 pesetas, comprendiendo en ellas el ensanche del local, la instalación de los servicios ya mencionados, y el



SALÓN DE AJEDREZ

lujoso y severo decorado del salón *número uno*, llamado también salón *persa* por la tapicería del mobiliario, al que siguió poco después el del *número tres* —destinado a los juegos, un poco antitéticos, de chaquete y ajedrez— hecho según proyecto de Mariano Benlliure, que corresponde,

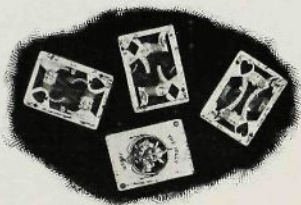
sín que el otro desmerezca, a la fama de tan exímio artista.

Pero el hecho es que los ingresos bastaron, en general, para los gastos, y aún dejaron sobrantes, que un año —1886— importaron 35.000 pesetas, elevando el capital social a 43.000, para subir —1889— a muy cerca de 85.000, y reducirse en 1894 a poco más de 12.000. Y todo ello consistía en que los espíritus de Garamendi y Olañeta flotaban en el aire, y según dominaban las inspiraciones de uno o de otro, así también el rumbo de la GRAN PEÑA era diverso, aunque siempre llevado con mano segura por acertado camino; tal vez por no tener en su seno estos dos espíritus sucumbía otra sociedad, creada en la misma fecha que la nuestra, con más elementos de vida y ciertamente digna de mejor suerte.

Pero en 1896, ya se manifiesta la GRAN PEÑA en toda su esplendidez; se adquiere en 900 pesetas una mesa de billar, y un mes después se cambia por otra —mejor que la primera, naturalmente— abonando 350 de aquellas simpáticas unidades, o se dedican 5.000, ultra-simpáticas, a la suscripción abierta por un periódico; verdad es que el objeto fué socorrer a los soldados que, enfermos, regresaban de Cuba.

Y, finalmente, cierra este ciclo la suma de pesetas 40.000 —esta sí que es satisfactoria— suscriptas al empréstito nacional entonces emitido, a las que puede considerarse como primera piedra del espléndido edificio que ahora se inaugura.

¡Principio quieren las cosas...!

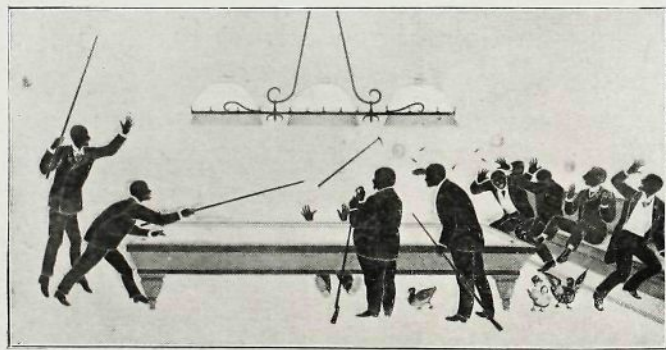




VACAS GORDAS

EL artístico donativo, ya se ha mencionado, hecho a la GRAN PEÑA por el genial paisajista Antonio Gomar, que empezó por humorista trasnocho y terminó tan en serio, fué, quizá, motivo a despertar en la Sociedad aficiones pictóricas completamente inéditas. Diversos peñistas presentaron, para ornar los desiertos muros, ingeniosísimas caricaturas en negro, de las que se ha citado la primera, *Los primitivos pobladores*. Después llegaron varias, tan originales como acertadas, para retratar estados de opinión de los socios: una fijaba la suerte de los coches *cabs* en cómica tragedia; otra retrataba a un digno Presidente, que odiaba la calefacción, y mientras los demás concurrentes tenían el sombrero y el ga-

bán puestos, él, en mangas de camisa, se abanicaba con un *pay-pay*, llevando en la mano un vaso de agua congelada; y, principalmente, el único que se conserva, dibujado de mano maestra por Licer Ayllón, y representando una *jugada sensacional* de la partida de billar conocida con el cariñoso apelativo de *la murga*, partida famosa que subsistió muchos años, y aún subsiste con las modificaciones que las bajas han ocasionado, entre las que figura la del pintor y jugador a un tiempo, impedido por lamentable dolencia de concurrir a la PEÑA. Representa la tal viñeta las



UNA JUGADA DE EFECTO - CUADRO DE LICER L. AYLLÓN

consecuencias de un golpe de gran *efecto* que hizo saltar las tres bolas, los cinco palillos y hasta el cayado del tanteador, derribado al suelo por

la fuerza de la *explosión*; los jugadores, en cambio, y siguiendo sus respectivos caracteres, aparecen impávidos, observando uno, *dando tiza* el



MANIOBRAS DE ARTILLERÍA - CUADRO DE JUAN CUSACHS

otro, y los mirones, los *patos*, según el *argot* consagrado, procurando evitar los proyectiles. La perfección de los retratos y hasta el detalle de los *patitos* que huyen bajo la mesa y donde se aseguraba que el pintor quiso aludir a algún peñista, dieron a este cuadro extraordinaria vida, habiéndose conservado en la antigua casa en el salón de billar, y brillantemente instalado en la nueva. Son los jugadores retratados, de izquierda a derecha, Piñera, Luis Yerro —ejecutor del golpe—, Pérez

de los Cobos, Ayllón —ejecutor del cuadro—, y los *mirones*, siguiendo el mismo orden, Eguía, Pozzi, Bremón y Bustillo; los *patitos*, por último... ¡vaya usted a saber quiénes serían los aludidos!

También es digna de recuerdo la exposición de cuadros *malos* que tuvo lugar en 1892, y que constituyó una brillante muestra del humorismo



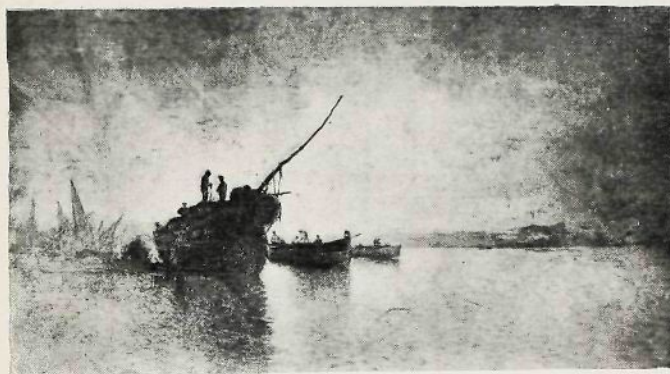
DOS CURIOSAS
CUADRO DE CECILIO PLÁ

de los pintores. ¡Tenía que ver Guzmán el Bueno en lo alto del castillo de Tarifa blandiendo un enorme cuchillo de cocina! No pudo decirse que el cómico certamen fuera un éxito artístico; pero el hecho fué que entretuvo algún tiempo a la Sociedad, y aun a mucha gente de fuera, y que terminó dando a la Beneficencia 1.000 pesetas, producto de la rifa de los *cuadros*, llamándolos

así porque de alguna manera hay que designarlos.

Siguieron el ejemplo de Gomar, a pesar de no ser, como él, peñistas, los más eximios pintores,

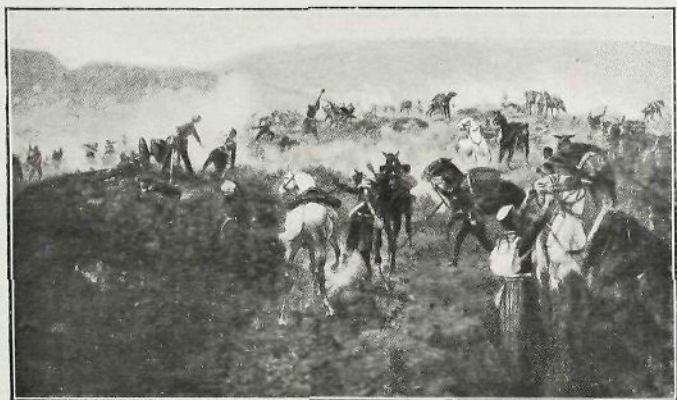
que quisieron así mostrar su adhesión a la Sociedad, y la PEÑA se vió enriquecida con cariñosos donativos. Fué de los primeros Juan Cusachs,



PREPARATIVOS DE PESCA - CUADRO DE ANTONIO DE LA TORRE

con una bien interpretada escena de maniobras de artillería y dos maravillosas *manchas* de un *garrochista* y un *soldado de caballería*; después Cecilio Plá, con *dos curiosas*, lindas figuras de carnavalinas muchachas que, levantando una cortina, se *asoman* a los salones; Antonio de la Torre, con una *marina* digna de la firma que lleva; y, entre otros muchos que sorprendieron a los peñistas, el patriótico cuadro del baturro Marcelino de Unceta, que no pudo elegir asunto más interesante para la GRAN PEÑA que representar la muerte del

heroico capitán de artillería D. Eduardo Temprado, ocurrida, cuando mandaba la segunda batería del primer Regimiento de montaña, el 14 de marzo de 1874, en la acción de Castellfullit, librada contra las fuerzas carlistas de Savalls; preciso es reconcentrar la atención en los detalles artísticos del interesante cuadro, admirables todos, desde la escena principal hasta las actitudes del ganado, aterrado o herido, para no fijarse en el horror del combate, en que unos hermanos luchan contra otros ¡hasta con los escobillones de las piezas!



MUERTE DEL CAPITÁN TEMPRADO - CUADRO DE MARCELINO DE UNCETA

Con tan hermosa obra de arte contrasta, por su índole festiva, otra del conde de Alba de Yeltes —*escenas militares*—, en donde la *escuadra de gas-*

iadores está representada por una de dibujar, en cuyos vértices aparecen los nombres del *Casino de Madrid*, *Veloz Club* y GRAN PEÑA; una *carga de caballería*, por escuálido jaco con un serón de fruta; la *mejor batería* es una, espléndida, de cocina; la *mejor compañía*, una real moza, y otros muchos equívocos que hábilmente combinan el arte y el ingenio.

También merece la cita, tal vez por las simpatías del malogrado autor, dos cuadritos de Eduardo Alba, uno inspirado en el poema *El vértigo*, de Núñez de Arce, y otro representando una locomotora al salir de un túnel, cuyo dibujo le ocasionó grandes vacilaciones, consultadas con cuantos peñistas podían ilustrarle, para decidir si la potente máquina habría de llevar abiertos o cerrados los purgadores, y si las traviesas debían asomar a través del balasto.

Y conste que estas citas están hechas de memoria, sin la menor pretensión de calificar en primer término las obras mencionadas, sino recordar las que antes llegan a la pluma. Todos los cuadros, grandes y chicos, 128 en total, son igualmente dignos de gran encomio, y así lo comprendió la GRAN PEÑA manifestando su agradecimiento a los artistas en la Junta general celebrada el 11 de enero de 1897, y nombrándoles «peñistas de honor» con

relevación del pago de cuotas de entrada y mensuales. La colocación de galería tan valiosa ha sido objeto de preferente atención al trasladarla a la nueva casa, donde constituye artístico decorado.

Donativo por todos conceptos digno también de singular estima fué el hecho por ilustre dama de la más rancia aristocracia española de un libro por ella publicado, *Catálogo de las colecciones expuestas en las vitrinas del palacio de Liria*, Madrid, 1898, que no se puso a la venta, avalorado por autógrafo dedicatoria a la biblioteca de la Sociedad por su autora, la duquesa de Alba.

De la Peña al Sahara, se titula otro libro donado a la biblioteca por su autor, el popular *Juan Felipe*, con interesantes descripciones de un viaje a la Argelia francesa, y que es posible sea la única obra en cuyo título está citada nuestra querida Sociedad.



Se desarrolló entonces para la GRAN PEÑA una época de esplendideces en la que parecía que el lema distintivo era «no privarse de nada».

Motivo de grandes vacilaciones fué siempre entre los peñistas la conveniencia de restringir la admisión de nuevos consocios que acudían numerosos



SALA DE JUNTAS

invadiendo los salones y dificultando los servicios, comedor y coches principalmente. Por una parte se sentía la conveniencia de integrar elementos, ya que la instalación en casa propia to-

maba vida y habría de exigir personal que ocupara los salones y cuotas que reforzaran la Caja, mientras en contra se observaba la molestia producida por la aglomeración de concurrentes, molestia que, en rigor, podía soportarse sin gran contrariedad.

Por de pronto las cuotas de entrada de los propietarios se elevaron a 500 pesetas en 1896, y a 1.000 en 1905, subidas justificadísimas, ya que el capital social adquiriría rápido incremento; también las cuotas mensuales de socios propietarios y transeuntes suben, respectivamente, a 12,50 y 17,50 pesetas, y con relación al ingreso de nuevos peñistas baste decir que en los últimos veinte años se ha cerrado ocho veces, y otras tantas se ha vuelto a la admisión, sin contar las reglamentarias suspensiones anuales en los meses de verano. Año hubo — 1903 — en que la clausura se decretó dos veces y se anuló otras tantas, siendo la última de todas ellas la dispuesta en noviembre de 1913 para anularla en enero de 1914. Y es, sin duda, que los espíritus de Olañeta y de Garamendi están siempre presentes, produciendo el contraste que ha hecho de la GRAN PEÑA lo que hoy es.

Pero Olañeta impera, y así se comprenden gastos como los de 65.000 pesetas de luz eléctri-

ca —1905—, aunque reducidos después notablemente; la jubilación de un empleado dándole todo su sueldo; los gastos del comedor, que en 1909 ascienden a 50.000 pesetas, y en 1911 a 30.000 de subvención y 17.000 para adquisición de material, y aun 6.000 para una cámara frigorífica... También se acude a instalar servicios muy útiles, como el de ampliar el servicio telefónico a las audiciones de ópera y a conferencias interurbanas.

Pero hay que hacer constar que al tratarse de obras benéficas o patrióticas se muestra la GRAN PEÑA como verdadera gran señora. Sin contar las suscripciones periódicas —alguna de 500 pesetas mensuales a favor de la Asociación matritense de caridad—, y los infinitos regalos para concursos, rifas, etc., que pudieran llamarse de *menor cuantía*, merecen ser mencionadas 31.000 pesetas destinadas en 1898 al ejército de Cuba; 100.000 aplicadas a gastos de caridad y fiestas en 1902, con motivo de la coronación de S. M. Alfonso XIII; 15.000 con análogo destino en 1906, en celebración del regio enlace, y otras 5.000 para las víctimas del atentado que amargó aquel solemne acto; 5.500 para socorrer a las víctimas del hundimiento del tercer depósito del canal del Lo-

zoya en 1905; 6.000 son remitidas a los Gobernadores civiles, en 1907, para los damnificados en Barcelona y Málaga; 5.000 son destinadas a las víctimas del terremoto de Sicilia en 1909, y 5.000 se invierten en celebrar el Centenario del 2 de mayo de 1808. Con cantidades más modestas se acudió a las suscripciones para estatuas de Martínez Campos, Campoamor y el cabo Noval, y a socorrer al pueblo belga en diciembre de 1914.

Y esto no obstante, y atender al alquiler de la casa que subía, subía, la Sociedad adquiría valores del Estado importantes *millón y medio de pesetas...* El espíritu de Garamendi se hacía, también, sentir.





EL LIBRO DE ORO

No podía la GRAN PEÑA olvidar su biblioteca, a la que desde mucho tiempo atrás dedicaba gran atención, tanto en suscripciones a numerosos periódicos y revistas nacionales y extranjeras como a la adquisición de libros de todas clases, eligiendo, siempre con gran acierto, los que pudieran proporcionar a los socios la mayor amenidad. Instalada en los salones que pudieron dedicársele, fué provista de estantería adecuada donde tuvieron, *no cómodo, sino reducido albergue*, siempre en lucha con la estrechez del local, los 15.000 libros y 4.000 tomos de revistas que aproximadamente la constituyen y proporcionan a los peñistas grato solaz, que hasta la nueva instalación no han podido disfrutar con comodidad. No

se dedicaron a esta dependencia, seguramente, las cantidades que a alguna otra, pero constante-



BIBLIOTECA Y SALÓN DE LECTURA

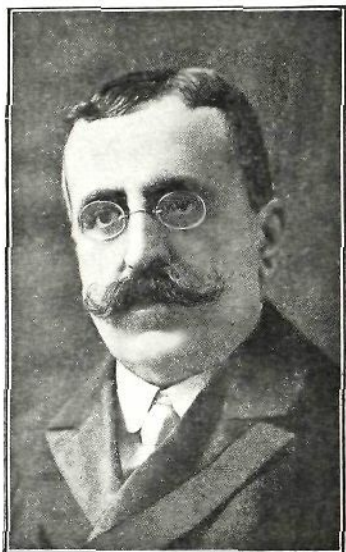
mente se invertían por año de 10 a 12.000 pesetas, que acumuladas en gran parte han reunido una positiva riqueza.

Constituye el más preciado ornato de esta dependencia el homenaje tributado por la Sociedad

a sus miembros que han sacrificado su vida en los campos del honor. Bastó que algunos peñistas, con el conde del Serrallo y el marqués de Cabriñana a la cabeza, propusieran la idea, para que la Junta general, reunida en 5 de enero de 1910, acordase con entusiasmo la creación de un LIBRO DE ORO, en cuyas páginas encontrasen imperecedero recuerdo los peñistas que hubieran merecido o en lo sucesivo merecieran tan honrosa distinción. No fué fácil cosa reunir los antecedentes necesarios desde treinta y seis años antes, pero todo se consigue con buena voluntad; a la Fábrica Nacional de armas de Toledo fueron encargadas las tapas del libro, y a un hábil, habilísimo artista, el restaurador de la Biblioteca Nacional, D. Gabriel Ochoa, el dibujo de las hojas necrológicas. A principios de 1912 hizo su entrada triunfal el LIBRO DE ORO en la biblioteca de la Sociedad, donde quedó instalado en lujosa vitrina, y si un día fué admirado por los peñistas el *carbón* de Antonio Gomar, mucho más lo fué el artístico volumen, honra de la GRAN PEÑA.

El día 12 de noviembre de 1912 fué asesinado en el centro de Madrid D. José Canalejas, Presidente del Consejo de Ministros y peñista propietario desde 1910, año en que, ejerciendo ya tal

cargo, ingresó en la Sociedad y fué acogido con gran satisfacción. Honraba frecuentemente el comedor, que «era —decía— el único sitio en que » se veía libre de política». Produjo tal crimen en la PEÑA la misma indignación que quizá pueda decirse causara en todo el mundo, y considerable número de socios pidieron a la Junta directiva que



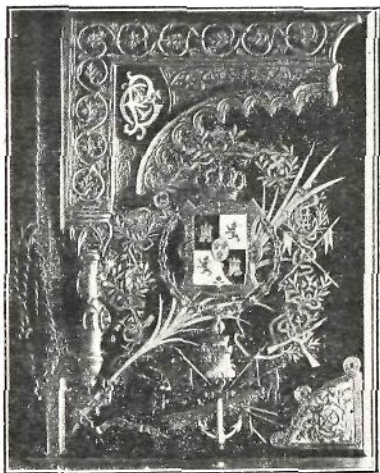
D. JOSÉ - CANALEJAS

el nombre de tan ilustre patricio fuera incluído en el LIBRO DE ORO, y así fué acordado, por unanimidad, en la sesión celebrada por aquélla el 30 del mismo mes de noviembre, en la que hizo constar el profundo sentimiento producido en la GRAN PEÑA.

La cubierta del tal *libro* está formada por una plancha de hie-

rrero de 34×24 centímetros, con sobrepuestos y damasquinados de oro, en los que no se sabe qué admirar con preferencia, si la riqueza de la

alhaja —que bien merece tal nombre— o el artístico dibujo de todos y cada uno de sus detalles. Destácase en el centro el escudo de armas de España, con primorosos esmaltes sobre oro cincelado, con un grupo debajo en que se unen la bandera española y los símbolos del Ejército y de la Armada; la cifra de la GRAN PEÑA figura también en un ángulo, y en el fondo de la tapa aparecen los emblemas todos de las Armas, Cuerpos é Institutos del Ejército, con la especial labor de incrustaciones de oro que tanto se cultiva en la sección artística de la citada fábrica.



CUBIERTA DEL «LIBRO DE ORO»

No desmerece de la carátula el interior del libro, formado por hojas de pergamino separadas por otras de gro encarnado, en que, después de las portadas, se dedica una a cada peñista. Cuanto se diga es poco de tan artísticas y espléndidas vi-

ñetas, miniadas con oro, plata y colores, y bien puede asegurarse que si el homenaje no llega a lo que merecen tan preclaros peñistas, que eso no puede alcanzarse, servirá para perpetuar dignamente su memoria.

La anteportada es un acabado dibujo del antiguo escudo imperial de España, y la portada contiene en una orla, tan delicada coma todas las que adornan las hojas biográficas, la siguiente leyenda: «GRAN PEÑA. Socios muertos en acción de guerra o de resultas de heridas recibidas en ella desde la fundación de esta Sociedad en xiv de Marzo de MDCCCLXIX.» Otro tomo contiene los retratos de los interesados, faltando tan sólo algunos, muy pocos, que no han podido ser hallados, únicos que no figuran en este opúsculo, con gran sentimiento del autor.



D. JUAN RODRÍGUEZ QUINTANA



D. VICENTE BARANDICA

Los héroes a que se dedica este tributo son los que siguen, copiando las inscripciones de cada hoja:

DON JUAN RODRÍGUEZ Y QUINTANA, Coronel de Artillería. Muerto en el ataque a las trincheras de San Pedro Abanto el 27 de Marzo de 1874.



D. ANTONIO NAVAZO



D. CAYETANO URBINA

DON VICENTE BARANDICA Y MENDIETA, Teniente Coronel de Artillería. Herido en el ataque a las trincheras de San Pedro Abanto el 27 de Marzo de 1874, falleció en Castro-Urdiales en 1.º de Abril de 1874.

DON ANTONIO NAVAZO Y RUIZ, Teniente de Artillería. Muerto en la sorpresa de Lácar el 3 de Febrero de 1875.

DON CAYETANO URBINA Y CEBALLOS, Comandante graduado, Capitán de Caballería. Muerto en el combate de Santa Bárbara de Oteiza el 30 de Enero de 1876.

DON BERNARDINO RODRÍGUEZ Y FAJARDO, Capitán de Artillería. Herido en Zaragoza el 8 de Octubre de 1869, falleció a consecuencia de las heridas, que continuaron abiertas, el 22 de Febrero de 1883.



D. BERNARDINO RODRÍGUEZ FAJARDO



D. FÉLIX BRIONES

DON CLEMENTE VELARDE Y GONZÁLEZ, General de Brigada. Muerto en los sucesos de Madrid en la madrugada del 20 de Septiembre de 1886.

DON LUIS ARÍSTEGUI DOZ, CONDE DE MIRASOL, Coronel de Artillería. Muerto en los sucesos de

Madrid en la madrugada del 20 de Septiembre de 1886.



D. CLEMENTE VELARDE



CONDE DE MIRASOL

DON FÉLIX BRIONES Y ANGOSTO, Capitán de Ingenieros. Muerto en el asalto de la cotta de Tugayas (Mindanao), siendo el primero que penetró por la brecha, el día 16 de Julio de 1895.

DON JOSÉ SEBASTIÁN Y ERICE, Primer Teniente de Caballería. Muerto en el combate de la Alameda (Cuba) el 28 de Noviembre de 1895.



D. JOAQUÍN RUIZ



DON MANUEL PÉREZ VIZCAÍNO, Comandante de Infantería. Herido en la acción de Jucaibama el 8 de Enero de 1897, falleció en Manila el 13 de Enero de 1897.



D. JOSÉ SEBASTIÁN Y ERICE



D. JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN

DON JOAQUÍN RUIZ Y RUIZ, Teniente Coronel de Ingenieros. Muerto en las inmediaciones de la Habana por los insurrectos el 13 de Diciembre de 1897.

DON JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN, Teniente Coronel de Infantería. Muerto en Melilla en el combate del 24 de Julio de 1909.

DON GUILLERMO PINTOS LEDESMA, General de Brigada. Muerto en el combate del Barranco del Lobo (Melilla) el 27 de Julio de 1909.

DON JOSÉ CAPAPÉ Y ROMERO, Comandante de Infantería. Muerto en el combate del Barranco del Lobo (Melilla) el 27 de Julio de 1909.



D. GUILLERMO PINTOS



D. JOSÉ CAPAPÉ

DON FRANCISCO BORRERO ALVAREZ, Capitán de Infantería. Herido en la acción de Sidi-Musa (Melilla) el 23 de Julio de 1909, falleció el 22 de Septiembre de 1909.



D. SALVADOR PERINAT



D. SALVADOR DÍAZ ORDÓÑEZ

DON SALVADOR PERINAT Y TORREBLANCA, Comandante de Infantería. Muerto en el reconocimiento sobre el collado de Atlaten y ataque al campamento de Nador (Melilla) el 17 de Octubre de 1909.

DON SALVADOR DÍAZ ORDÓÑEZ Y ESCANDÓN, General de División. Muerto en la posición de Ishafen (Melilla) el 14 de Octubre de 1911.



D. MANUEL TERRAZAS



D. ARMANDO MANTILLA DE LOS RÍOS

DON MANUEL TERRAZAS AZPEITIA, Capitán de Infantería. Herido en el combate del 27 de Diciembre de 1911 en Izarrora, falleció en el hospital de Melilla el 29 de Diciembre de 1911.

DON JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ, Presidente del Consejo de Ministros. Asesinado en Madrid el 12



D. LUIS TAPIA



D. FEDERICO OCHANDO

de Noviembre de 1912. Su nombre está incluido en este libro por acuerdo de la Sociedad de 30 del mismo mes.

DON ARMANDO MANTILLA DE LOS RÍOS HOSTOS, Comandante de Infantería. Murió en el combate de la toma de Laucien (Tetuán) el 11 de Junio de 1913.

DON LUIS TAPIA CEBRIÁN, Capitán de Infantería. Murió en el combate de Ben Garrik, inmediaciones de Tetuán, el día 24 de Junio de 1913.



D. ENRIQUE CARDENAL

DON FEDERICO OCHANDO Y SERRANO, Primer Tenien-

te de Caballería. Murió en Beni-Maadan, inmediaciones de Tetuán, el 18 de Agosto de 1913.

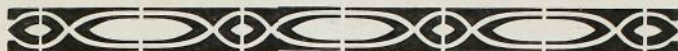
DON ENRIQUE CARDENAL GONZÁLEZ, Primer Teniente de Infantería. Murió en Kudia Federico (Ceuta) el 9 de Septiembre de 1913.

¡Gloria a tan bravos compañeros!

Sírvales este recuerdo de nuevo tributo de admiración a quienes dieron la vida por su Patria.

Descansen en paz.



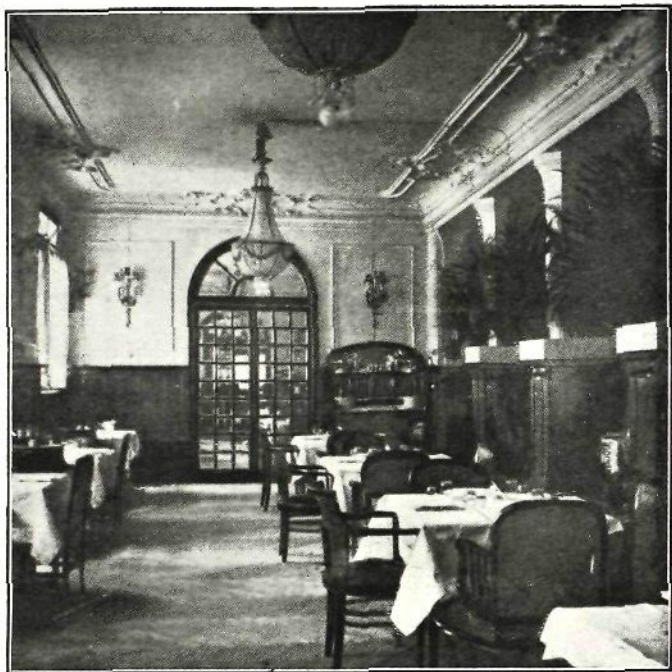


BUSCANDO CANDELA

TODAS las bienandanzas de la PEÑA contribuían al aumento de las dificultades que ocasionaba la insuficiencia del domicilio social para contener tan crecido número de peñistas, pues aunque en ocasiones se restringía el ingreso, bastaba con que en determinadas épocas se agolparan los ausentes para que se produjeran las molestias de que ya se ha hecho mención.

Se intentó poner remedio al mal acudiendo al alquiler de algunos locales inmediatos, ya en la misma casa, ya en la inmediata, que entonces llevaba el núm. 38. Estas últimas gestiones no dieron resultado por las excesivas exigencias de los propietarios, y sólo pudo conseguirse, en 1904, la instalación en el piso bajo de la misma casa, acomodo-

dándose allí el comedor, la cocina, baños, sala de visitas y un cómodo salón con tres balcones a la



COMEDOR: VISTA DE UNA CRUJÍA

calle de Alcalá, que constituyeron un verdadero encanto para los aficionados, balcones bautizados por algún chusco de los de castiza cepa madrileña con el gracioso remoquete de *¡Pim! ¡Pam! ¡Pum!* La bonita cifra de 15.000 pesetas anuales

aumentó el alquiler que se pagaba, además de las exigencias de servidumbre, alumbrado, etc., y sin contar el cuantioso importe de las indispensables obras de adaptación.

También se hicieron gestiones con la sociedad



COMEDOR: VISTA DE CONJUNTO

«El Fénix», que entonces hacía construir su espléndido edificio de la calle de Alcalá, para que

dedicara a la GRAN PEÑA el piso principal, y con el Marqués de Casa-Riera para que cediese su confortable y lujoso palacio, tan *herméticamente* cerrado; ninguna de las dos negociaciones dió resultado. Lo mismo sucedió al intento de alquilar un piso en el palacio de la duquesa de Nájera, o de la casa en construcción en la Carrera de San Jerónimo, esquina a la calle del Príncipe. Y a todo esto el tiempo pasaba, y el propietario del inmueble ocupado no perdía ocasión, terminado el plazo de un contrato, de *apretar los tornillos* al renovarlo; baste consignar que en el resumen de la cuenta de 1915 presentado a la sociedad figuran 71.500 pesetas pagadas por tal concepto, y aún se tenían que sostener frecuentes discusiones para el pago de obras exigidas por el entretenimiento del edificio.

La necesidad se imponía, y la idea de abandonar el local donde se creara tomó cuerpo entre los socios de la GRAN PEÑA, aunque produciendo, ¡cómo no!, las irremediables controversias, que dieron origen a los dos partidos correspondientes con los adeptos y los contrarios a la mudanza. Invocaban éstos la tradición, la comodidad del sitio, el profundo deleite que la estancia en los balcones o en las veraniegas sillas callejeras



S. M. EL REY ALFONSO XII

proporcionaba a los peñistas en general, y muy en particular a los devotos, que también los había muy especiales. Verdad es que, aparte del ameno movimiento cotidiano, o de la *vuelta de los toros*, se han presenciado desde aquellos balcones memo-

rables hechos históricos; los tristes que a diario se presentaban en los años de 1870 a 1873, o el paso de la fuerza mandada por Emilio Prieto el 19 de septiembre de 1886, último ejemplar de los famosos y ya olvidados *pronunciamientos*, que tan caro costó a la PEÑA con la muerte de dos esclarecidos socios, el General Velarde y el Conde de Mirasol; y el espléndido espectáculo de la solemne entrada en Madrid del Rey Alfonso XII el 14 de enero de 1875, recibido con clamoroso júbilo por todas las clases sociales, tanto por el pueblo apiñado en las calles, como por los vecinos de la carrera seguida, que se afanaron en hacer portentoso alarde de su entusiasmo, pudiendo citarse como salutación modesta y cariñosa el cartel *Wellcome* fijado por un afamado dentista norteamericano en el balcón de su domicilio, establecido en el sitio que hoy ocupa la sociedad «El Fénix». El autor de estas líneas formó parte, desde Valencia, de la regia comitiva, y no se ha borrado de su imaginación el recuerdo de aquel día que auguraba a España los más felices que después se han sucedido, a pesar del prematuro fin de tan amado Monarca.

Hasta la servidumbre de la casa parecía formar parte de los salones y contribuir a la vida patriar-

cal de la Sociedad. Los inteligentes empleados de la secretaría y del *comptoir*, Gálvez y Rosas entre ellos; el veterano *Benito*, con sus simpáticas patillas del antiguo régimen; el famoso *Otero*, con su *scarsella piena*, como Mefistófeles, aunque sin *piuma al cappello qual bel cavaliere*; el popular *Pepe*, con sus treinta y tres años tanteando al billar, y que no pudo contestar a la pregunta que algún peñista le hiciera del número de *palos* que había puesto de pie, pero que resolvió en el acto otro socio observando un *trebejo*, a modo de doble decímetro, que sacó del bolsillo: *catorce millones...* ¡Muchos *palos* son!; sin olvidar al paciente Cantidiano, especie de sombra fatídica que no pudo resistir a la nostalgia de verse encerrado en estrecha taquilla; todos formaban una parte importante de la fisonomía de la GRAN PEÑA, contribuyendo al cariño del local.

Tan buenos y queridos servidores no podían quedar desatendidos al abandonar la Sociedad, como no lo fué el conserje jubilado con todo su sueldo, y no pudiendo esto quedar establecido como regla general, fué creado, en albricias de la instalación en el nuevo domicilio, un *Montepío* para todos los empleados y servidores de la PEÑA, con el que se les asegura, en hábil com-

binación con el Instituto Nacional de Previsión, una modesta pensión de *dos pesetas diarias* al cumplir veinte años de buenos servicios.



Las dificultades encontradas para ensanchar el último domicilio social, o para alquilar otro con las necesarias condiciones, así como el creciente capital empleado en valores del Estado, llevaron al ánimo de los peñistas la adquisición de casa propia, aunque no sin encontrar la natural oposición que siempre han de tener tan radicales transformaciones. Ya en 1901, con ocasión del intento de tomar un piso en la casa inmediata, se inició la idea de adquirirla, ofrecida por sus propietarios en 550.000 pesetas; en la Junta general celebrada el día 12 de junio se acuerda, en votación nominal, por 80 votos contra 10, la adquisición del inmueble. Hechas las gestiones necesarias de tasación y reconocimientos, tanto del edificio como de la titulación, hubo que abandonar la idea por faltas en ésta y *sobras* en el precio.

Hasta 1904 no vuelve a renacer esta idea, que cada día se impone con más fuerza. Para conocer definitivamente la opinión de los peñistas, se recurre a un plebiscito entre todos ellos, propietarios y transeuntes, dirigiéndoles por escrito las siguientes preguntas: 1.^a «¿Desea usted ocupar local propio?»; 2.^a «¿Desea usted el ensanche con la base del local actual?». Contestaron: *Sí*, á la primera pregunta 211 peñistas propietarios y 55 transeuntes; dando igual contestación a la segunda, 66 y 30, respectivamente; la voluntad de la Sociedad quedó, pues, perfectamente definida.

El palacio del Marqués de Casa-Riera no podía pasar inadvertido, pues ofrecía cómoda, rápida y fácil instalación de la Sociedad. A ruego de gran número de peñistas se hicieron en 1905 —ya se ha indicado— algunas gestiones para alquilarlo, pero no dieron resultado. Después, en 1909, una sociedad que se decía propietaria del inmueble propuso a la GRAN PEÑA la venta de una parcela comprensiva de la esquina de las calles de Alcalá y Marqués de Cubas, con el palacio, por la bonita cantidad de pesetas 2.400.000. Fué aceptada en principio tan costosa adquisición, pero los tratos no pudieron continuar, toda vez que la

entidad vendedora fundaba sus derechos de propiedad en el resultado de pendiente litigio.

Nuevas gestiones fueron emprendidas en 1914, esta vez directamente con el marqués propietario. No fué cosa fácil ponerse al habla con los repre-



EL DUQUE DE BIVONA

sentantes de este señor, y hasta hubo de intervenir, a ruego del duque de Bivona, entonces, como ahora, nuestro querido Presidente, S. M. el Rey, que se dignó ocuparse de este asunto, y fué aclamado en acción de gracias por la Junta general cuando se enteró del caso, acción que se renueva desde estas líneas con el respetuoso recuerdo

de la GRAN PEÑA por la honra recibida. Pero tampoco pudo llegarse a un acuerdo por estar la finca sujeta todavía al complicado pleito de que se ha hecho mención.



S. M. EL REY ALFONSO XIII

8 I

6

Ayuntamiento de Madrid



EL DUQUE DE TAMAMES

También fué objeto de negociaciones el palacio del duque de Sotomayor, situado, como es sabido, en la calle de Alcalá, esquina a la del Barquillo, con 111.000 pies cuadrados de superficie, interrumpidas por la entidad «Banco Español del Río de la Plata», que se interpuso haciendo competencia a la PEÑA. Llegó, sin embargo, a convenirse

la compra en 1.500.000 pesetas, y aunque fué aprobada en Junta general el 11 de febrero de 1910 por 76 votos contra 72, el Presidente, duque de Tamames, no consideró, con buen acierto, que tan exigua mayoría representaba el desecho de la Sociedad, y se abandonaron las gestiones.



Y forzosamente, por exclusión de todo otro recurso, ni de alquiler ni de venta, se vuelve la vista a los solares de que dispone la empresa de «Reforma interior de Madrid», la «Gran Vía», como vulgarmente se la llama, con la que se habían intentado diversas negociaciones que no llegaron a buen término.

Primero se pensó en que la dicha empresa construyera el edificio, de acuerdo con la Sociedad, para entregarlo terminado. El solar ocupado tendría 681 metros cuadrados, apreciados a 1.500 pesetas, y a otras 1.300 la edificación, cerca de dos millones, en conjunto; la PEÑA pagaría al contado lo que pudiera, y el resto sería adelantado por la «Gran Vía» con 5 por 100 de interés y amortización en cincuenta años, calculándose la anualidad que habría de cobrar esta última durante tal plazo en cerca de 50.000 pesetas. Esto sucedía en el mes de enero de 1911, pero en octubre siguiente se pensó, según expuso la Junta directiva a la general celebrada el día 28, que «la compra de edificio puede comprometer para siempre la vida económica de la GRAN PEÑA y su buen nombre, tal vez para no llegar al logro de sus aspiraciones». Nueva reproducción de la lucha entre los espíritus de Olañeta y Garamendi, y

se estudia un acuerdo con la misma «Gran Vía» para alquilar el local necesario, con arreglo a los planos concertados entre ambas Sociedades, en edificio construído por ésta, por 55.000 pesetas anuales, que aumentarían otras 1.250 cada cinco años, durante un plazo mínimo de veinticinco. Nada se acuerda sino autorizar a la Junta directiva para que decida lo que mejor crea convenir a la GRAN PEÑA.

Duraron todavía los tanteos, las dudas y las vacilaciones hasta 1914 en que la Junta general, reunida el 14 de marzo —clásico aniversario de la fundación de la GRAN PEÑA—, se enteró de que el actual propietario exigía la subida a 60.000 pesetas de las 38.500 que se pagaban, así como de todas las gestiones hechas para alquiler o compra de domicilio social, sacudiendo las intolerables tiranías que en el actual debían, forzosamente, ser soportadas, gestiones todas que ya se han mencionado. Y como solución se presentaba la oferta de un solar de 970 metros cuadrados a 800 pesetas uno, hecha por la empresa de la «Gran Vía», situado en la *Avenida del Conde de Peñalver*, más conocida con el nombre de la sociedad que la construye, con vuelta a las calles del Marqués de Valdeiglesias y de la Reina. El peñista que esto escribe

acertó a expresar los deseos de la reunión, y fueron acogidas por unanimidad sus proposiciones de que se aceptara la tal compra, autorizando a la Junta directiva para hacer cuantas operaciones fueran necesarias y llevar a buen fin la complicada empresa. Aún continuaron los tanteos técnicos, y, por último, en el siguiente mes de mayo se firmó la escritura de compra del solar, con 1.085 metros cuadrados de superficie, por 830.000 pesetas, o sean 764,98 de estas unidades para cada una de aquéllas, y si se quiere, para contentar a algún partidario de lo antiguo, a 59,39 pesetas el pie cuadrado.

La verdad es que *pronto* no ha sido; pero ya la GRAN PEÑA es *propietaria*.





CASA PROPIA

Muy señor mío, dos puntos..., ya puede usted continuar...»

Este comienzo humorístico del dictado de una carta tiene perfecta aplicación al caso actual; ya la PEÑA tiene solar, ya *no le falta más que edificar encima*, y «pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro». Verdaderamente que satisfacer las necesidades de esta Sociedad, mirando por un lado a las soñadas grandezas, por otro a las *pesetas* y por todos a complacer a los peñistas, son cosas más difíciles que la tarea del loco inventado por Cervantes. ¿Debe hacerse un domicilio espléndido, exclusivamente destinado a la GRAN PEÑA? ¿Ha de pensarse en utilizar tan sólo los pisos necesarios, construyen-

do todos cuantos sean posibles y haciendo origen de renta lo demás?

Otra vez se encuentran frente a frente *Garamendi y Olañeta...*

Triunfa, por el momento, el primero, y se decide el segundo concepto, redactando en consecuencia el pliego de condiciones para sacar al indispensable concurso la redacción del proyecto, al que se une, por feliz combinación, el de contrata de las obras. Y se establecen las condiciones de que han de quedar para la PEÑA el sótano, pisos bajo y principal, y la terraza del superior para destinarla a comedor durante el verano, quedando para ser alquilados los demás pisos. Se exige a los concursantes que presenten compromiso de ejecutar las obras en precio y plazo determinados, y no se olvida la sabia reserva de desechar todas las proposiciones si así se considera conveniente a la Sociedad.

La natural impaciencia produce contrariedad por el retraso que ha de originar el plazo necesario para la redacción de los proyectos, y se decide, para ganar tiempo, hacer desde luego el vaciado del solar en la parte necesaria para cualquiera de aquéllos que se acepte, siendo el coste de esta obra compensado en su día por el total del pre-

supuesto. Y en junio de 1914 se clava el primer pico en el solar adquirido, siguiendo el trabajo sin interrupción, aunque no sin el contratiempo de presentarse en el subsuelo una vía de agua inesperada, que se llevó un buen golpe de pesetas... ¡vayan con Dios!

Doce proyectos acudieron al concurso, todos ellos admirablemente compuestos, tanto en la distribución de los pisos como en la ornamentación de la fachada, y aunque no puede decirse que sus autores fuesen los más conspicuos artistas, ya que sólo se les designaba con lemas, ha lugar a suponerlo. Pero todos adolecían del mismo defecto, que todos exigían mayor presupuesto que el admitido, y el concurso fué declarado desierto. Tres merecieron, sin embargo, que se fijara en ellos la atención, y previo asentimiento de los respectivos autores fueron abiertos los pliegos que contenían sus firmas y adquiridos por la Sociedad los proyectos, utilizados parcialmente para formar el definitivo, cuyos planos pudieron ver los socios en uno de los salones.

Se ha sujetado la decoración exterior al estilo del renacimiento español, y en cada una de las tres fachadas a las calles de que ya se ha hecho mención tiene la máxima altura que, en relación

con la anchura de aquéllas, permiten las Ordenanzas municipales. En la Gran Vía —Avenida del Conde de Peñalver— y la vuelta a la calle del Marqués de Valdeiglesias se alzan sobre el subsótano, que sólo ocupa parte de la planta, siete pisos y el sótano, elevado sobre el nivel de la calle lo suficiente para dar luz y ventilación a los locales.

El piso bajo y el principal se destinan al servicio de la Sociedad, como también el ático, con las *terrazas* descubiertas, se ocupa con el comedor de verano, y aún ha sido preciso tomar parte del piso segundo para instalar la sala de reuniones de la Junta directiva y oficinas de secretaría, contabilidad, etc. La entrada ha sido colocada en la Gran Vía, y en la calle del Marqués de Valdeiglesias la del resto de la casa, destinado a nueve domicilios particulares, cuyo alquiler proporcionará a la PEÑA rendimientos no despreciables.

Como siempre ha de haber críticas, alguien ha pensado que la rotonda central, frontera al chaflán de la casa, pudiera tener como remate superior una *gran piedra sin labrar* —fingida, dicho se está—, en la que campeasen las fechas 1869-1916; pero de ello siempre hay tiempo. No está demás hacer constar que varias habitaciones fueron pe-



didas mucho antes de terminar las obras, y algunas ocupadas con prelación a la PEÑA por inquilinos, que adquieren el compromiso de conservarlas cinco años. Y si hoy decimos que *el casero ha muerto*, también podemos gritar *¡viva la casera!*

En la Junta general celebrada el 14 de enero de 1915 se enteran los peñistas, con gran fruición, que ha sido firmado el contrato para edificar el domicilio social, que habrá de quedar terminado el día 29 de Septiembre de 1916. Tal vez haya algo de simbólico en la coincidencia de esta fecha con la de 1868, en la que puede decirse fué incubada la creación de la GRAN PEÑA.

Las obras comenzaron en seguida y el nuevo edificio, una vez salvadas las dificultades de cimentación, y llegado a flor de tierra, avanzó rápidamente, gracias al cómodo y moderno sistema de entramados de hierro.

Pronto se hacen visibles las fachadas, y surgen las inevitables críticas; se encuentra *feo* el edificio, como si pudieran tener elemento alguno de belleza altas paredes de ladrillo descubierto sin más ornato que los agujeros que en su día serán balcones y ventanas; pero, *feas* y todo, las paredes suben y se *cogen* las aguas, teniendo lugar la acostumbrada fiesta *de la bandera*, cuyo objeto es cele-

brar entre los obreros la colocación de una en el sitio más elevado para conmemorar el haber terminado la obra exterior sin desgracia ni accidente alguno de los operarios.

Otro concurso se celebra para decorar y amueblar dos dependencias, el vestíbulo (*hall*) y el comedor, como ensayo para ampliar el procedimiento al resto de la casa, y, lo mismo que al de proyectos para el edificio, acuden buen número de industriales de los que más *postín* disfrutaban en Madrid, que esta vez son conocidos los autores firmantes de sus respectivas proposiciones. El concurso comprende para ambos locales, y separadamente en cada uno, el decorado de muros, techos y pavimentos, carpintería de taller con todos sus herrajes, mobiliario, aparatos de alumbrado eléctrico, y cuantos elementos crean convenientes sus autores, reservándose la PEÑA el derecho de utilizar parcialmente las ofertas, y, desde luego, el de desecharlas todas si así estima convenirle. Todos los dibujos y modelos presentados son verdaderamente artísticos, tal vez de excesivo lujo, que obligaría a grandes gastos para que todos los locales estuviesen en armonía, y como el comedor del antiguo domicilio tiene un buen mobiliario, se acordó utilizarlo y declarar

desierto el concurso en lo que a esta dependencia se refiere. La decoración del *hall* fué adjudicada a uno de los proponentes.



Y a todo esto hay que llevar la vista, no el *oído a la caja*, como se dice en los cuarteles, que las cuentas son claras. La Sociedad disponía, en números redondos, de millón y medio de pesetas; de ellas invirtió cerca de 900.000 en el solar, y la construcción de la casa exigirá otro millón, al que han de unirse los no despreciables gastos anexos a la mudanza, que por el pronto no pueden precisarse, aunque habrá que tener en cuenta que la crisis obrera surgida en el mes de marzo último se llevó 10.000 pesetas, que si nada tienen que ver con el traslado, han de salir del mismo sitio. El *déficit*, con el que se contaba, se hace visible, y la *operación de crédito*, el *préstamo*, en términos más vulgares, se impone.

¿A quién acudir? El Banco Hipotecario es la primera entidad que a la imaginación se presenta,

con sus combinaciones de unir intereses y amortización en una sola anualidad que, naturalmente, compromete a la Sociedad por buen número de años; las condiciones del procedimiento hacen que resulte caro, y, sobre todo, quizá molesto para la PEÑA en el transcurso del tiempo. Y en estas cavilaciones surgió la idea salvadora, la de emitir obligaciones hipotecarias garantizadas con la correspondiente escritura y suscriptas por los mismos socios. Fijóse en un millón de pesetas la cuantía de la operación, dividido en 2.000 obligaciones a 500, emitidas a la par con interés de 5 por 100 y amortización dentro de cincuenta años, aunque no comenzando hasta 1921, para terminar en 1965.

En estas condiciones, y sin admitir más suscriptores que los peñistas, se abrió la emisión, anunciada tan sólo en el interior de los salones, con «un llamamiento a aquéllos para que, conforme con sus medios y con el cariño que todos profesamos a la Sociedad, acudieran a suscribirlo». Del resultado se da cuenta en la Memoria presentada por la Junta directiva a la general celebrada el día 13 de enero de 1916, en términos que bien merecen ser copiados: «Cuanto se diga resultaría pálido ante el éxito obtenido; a las dos horas

» de abrirse el empréstito estaban cubiertas más
» de 200.000 pesetas; el primer día se pasó de
» 300.000, y al segundo se había rebasado la can-
» tidad pedida, o sea el millón de pesetas, llegan-
» do al terminar el plazo a 2.967.000, suscriptas
» por 188 peñistas, observándose que, confor-
» me con nuestros deseos, todos contribuían a
» medida de sus fuerzas, pues al lado de muchos
» por una, dos y tres obligaciones, había otros por
» grandes cantidades». Hasta se dijo, sin que esto
conste oficialmente, que algún peñista había ofre-
cido tomar la totalidad de la emisión. Preciso fué
verificar el correspondiente prorrateo entre los
suscriptores de más de cuatro obligaciones, ter-
minando el cobro de la cantidad emitida antes
del plazo fijado, y haciendo también constar la
Junta directiva «su profundo agradecimiento a to-
» dos, tanto a los pequeños como a los grandes
» suscriptores, por la prueba de interés que han
» dado a la Sociedad y de confianza a la Junta, a la
» que se ha tratado de corresponder realizando
» ella misma todo lo concerniente al empréstito,
» consiguiendo con ello una notable economía
» por la supresión de la crecida cantidad que hu-
» biera cobrado cualquier Banco, y habiendo te-
» nido la satisfacción de que, a pesar de los dis-

» tintos cobros, pagos de intereses y devoluciones
» efectuadas como resultado del prorrateo, no
» haya ocurrido la menor contrariedad». La confección y distribución de los títulos emitidos, en los que consta la escritura de hipoteca de todo el edificio para responder de la cantidad representada, los cupones de cincuenta años y todos los demás detalles acostumbrados en estos documentos, fué ya cosa sencilla. Todas las operaciones efectuadas para el empréstito fueron asesoradas por los peñistas que ejercen el cargo de Agente de Cambio y Bolsa, y la Junta directiva en su nombre, y en el de todos los socios, hizo presente a estos señores, en la Memoria ya citada, su reconocimiento.





ÚLTIMA PALABRA

CUBIERTAS así las necesidades económicas, la construcción del nuevo edificio avanza con regularidad, aunque no sin surgir algunas dificultades originadas por varios peñistas que, a medida que el edificio avanza, van encontrando deficiencias *no observadas al examinar los planos*. Toman forma determinada estas críticas, y la Sociedad acuerda el nombramiento de una Comisión de su seno que determine el modo y forma de remediar los defectos que pudieran existir, si a ello hubiera lugar, siendo designados los que más se habían distinguido por sus censuras. Entre ellos hubo alguno tan radicalmente opuesto a todo lo hecho, que propuso la venta del edificio en el estado en que se encontraba. Ni que mencionar tiene que

esta opinión no prosperó, ni tampoco otra, que fué objeto de estudio, de ampliar el solar, adquiriendo una faja de 10 a 12 metros de anchura adosada a la medianería entre las calles del Conde de Peñalver y Reina.



NUEVO DOMICILIO DE LA GRAN PEÑA
FACHADA DE LA AVENIDA PEÑALVER

La lucha entre *Garamendi* y *Olañeta* se manifiesta una vez

más y, como siempre, surge la idea racional, que ahora ofrece la solución modificando las plantas del edificio, con lo cual todos, o *casi* todos, quedan satisfechos. Es, sin embargo, inevitable el aumento de gastos, y como remedio decide la Sociedad arbitrar fondos reduciendo temporalmente la cuota de entrada de los peñistas propietarios a 500 pesetas para facilitar el ingreso.

Aunque en los primeros días de junio de 1916 se comenzó a levantar las decoraciones de algunas salas para colocarlas en la nueva casa, como las variantes aceptadas obligaron a inevitables

retrasos en las obras, se vió que la esperada *mutanza* no podría verificarse en el mes de diciembre siguiente como se había pensado; la armadura



SALÓN Y ROTONDA DEL PISO BAJO

de la escalera principal tuvo buena parte de culpa, completada con alguna huelga de operarios, y, más que nada, con el deseo de atender a cuantas variaciones se proponían, mejorando algunos detalles, y compensando con el éxito obtenido las pasajeras molestias que el retraso pueda haber causado. El traslado de los libros dió también mucho que hacer, y el de los cuadros, tan estimados por la GRAN PEÑA, fué objeto de la cariño-

sa solicitud de un hábil artista, donante de algunos de los mejores, y puede asegurarse que todos sus compañeros se encontrarán satisfechos con la nueva instalación en los diversos salones.

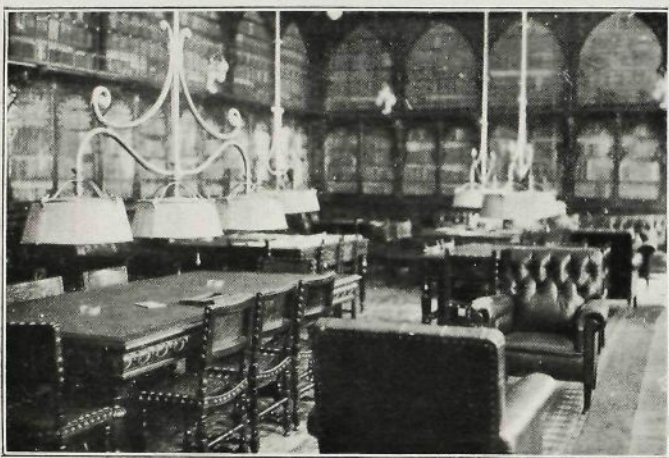
También entretuvo más de lo que se pensara la adaptación del complejo mobiliario a los nuevos locales, pues para llevar a cabo la idea de utilizar cuanto se pudiera fué inevitable un periodo en que hubieron de ser retirados muchos efectos del



HALL DEL PISO PRINCIPAL

antiguo local, donde en los últimos días de *ocupación* llegaron a experimentarse no muy grandes molestias, representadas por un simpático peñista

en algunas ingeniosas caricaturas que recordaban las de tiempos atrás, y en las que los concurrentes al comedor aparecían sentados en el suelo



BIBLIOTECA

para consumir sus yantares, cual si en el campo estuvieran, o los lectores alumbrándose con sendas bujías... ¡Siempre se exagera un poco!...

Y, *finalmente*, se fija el 25 de mayo de 1917 para la instalación en la nueva residencia, con gran regocijo de toda la Sociedad. Mayor, y muy intenso, seguramente, es el experimentado por los peñistas que hoy subsisten, parte de los que en 1869 fundaron la GRAN PEÑA, y que han teni-

do la grande, la íntima satisfacción, de haber seguido paso a paso el desarrollo y engrandecimiento de la Sociedad. Tan sólo quedan 19 de aquellos 388 que se instalaron en las mesas de mármol fijas al pavimento, con banquetas de terciopelo granate...



El acto de la inauguración del nuevo domicilio, ya, por sí, satisfactorio en extremo, se vió enaltecido

con la presencia en los salones de toda la Real familia. La GRAN PEÑA se vistió de gala, hasta con las alfombras puestas, a pesar de la estación, para recibir a los egregios visitantes. A media tarde se presentaron SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, con SS. AA. RR. las



HALL DEL PISO BAJO Y ESCALERA

Infantas Doña Isabel y Doña María Luisa y la duquesa de Talavera, siendo recibidas por la Junta directiva, a la que acompañaban los ex-presidentes de la Sociedad y peñistas fundadores que se hallaban en Madrid, y que representaban toda la historia de la PEÑA. Y al anochecer llegó

S. M. el Rey con los Infantes D. Carlos y don Fernando.



DETALLE DEL COMEDOR

Sucesivamente recorrieron los salones ambas comitivas, apreciando los detalles de exquisito buen gusto y gran comodidad en ellos reunidos, especialmente los cuadros de que ya se ha hecho mención, y que tan queridos son a todos los peñistas, dignándose

también aceptar los modestos refrigerios que en el espacioso comedor les fueron ofrecidos.

El presidente, duque de Bivona, se dirigió a S. M. el Rey en los siguientes términos:

«Señor:

La suerte me depara el honor de llevar la voz de la GRAN PEÑA para expresar a V. M. nuestro profundo y perdurable reconocimiento por la merced que nos otorga al honrar con su presencia la inauguración del nuevo edificio social.

Tiene este Círculo una característica que inspiró su fundación y que ha mantenido cuidadosamente en el transcurso de los tiempos, gracias a la que conviven en relación estrecha y afectuosa elementos militares y civiles que, unidos por el amor inseparable a la Patria y al Ejército, realizan con esa fraternidad una labor social de provechosa transcendencia.

Para V. M., que es a la vez el primer ciudadano y el primer soldado de España, ha de ser seguramente grata esta asociación, y para la GRAN PEÑA la visita de V. M. representa la toma de posesión de la que, por aquellos dos títulos, es Vuestra casa.

Hemos realizado, Señor, el legítimo anhelo de poseer el suelo que pisamos, y al emprender la nueva etapa de vida que se señala con la fecha memorable de hoy ofrecemos a V. M. el homenaje de nuestra gratitud y adhesión, y hacemos la promesa de secundar, dentro de la modesta esfera de nuestra acción, los nobilísimos y notorios esfuerzos del Rey para lograr la grandeza de España.»

Y S. M. el Rey, alzando su copa, se dignó contestar con fácil palabra y cariñosa elocuencia:

«Esta honorable Sociedad, fundada en momentos difíciles para España, evoca para mí, desde que era niño, grandes recuerdos. Cuando paso frente a ella siempre veo caras conocidas, un oficial, un ingeniero, un político, los hombres militares y civiles hermanados: la Patria. Los segundos representan a los elementos que han de dar el día de mañana alientos morales y materiales para la guerra, que el esfuerzo del soldado sería estéril si no le ayudaran el abogado, el industrial, el pueblo entero —y no quiere decir esto que vaya a salir España de la neutralidad en que se halla colocada—, pero el Ejército siempre ha de estar preparado para la guerra. El nuestro debe aprovechar las lecciones que se desprendan de todos los beligerantes, y yo confío en que los elementos civiles y militares aquí representados, unidos en patriótico consorcio, puedan hacer frente a las contingencias que se presenten, en defensa de nuestra querida España. Levanto mi copa deseando a la GRAN PEÑA la prosperidad que merece.»

Estruendosos aplausos y aclamaciones estallaron al terminar nuestro muy amado Monarca sus palabras, varias veces subrayadas con murmullos

de entusiasmo. Repitieronse aquéllas en todo el curso de las regias visitas, hasta el momento de salir del edificio.

Día de grato e imperecedero recuerdo será éste en la historia de la GRAN PEÑA y en la memoria de todos los peñistas.



Ahora bien, y ya conocida la historia de esta querida Sociedad, ¿puede estimarse que ha cumplido como buena su misión en la vida madrileña de los últimos *cuarenta y ocho* años? Fuerza es reconocer que *sí*, ya que ha sabido vencer todas las vicisitudes por que ha pasado, que no han sido livianas, y ha logrado poseer un domicilio social que vale *medio millón de duros*, economizando 16 por 100 de los



SALÓN DE LA JUNTA DIRECTIVA

diez millones de pesetas recaudados durante su vida, en la que ha sabido gastar su dinero con esplendidez y habilidad.

Grandes plácemes merecen cuantos han contribuido —la Sociedad entera— a su actual estado, como también los lectores que hayan tenido la paciencia de llegar hasta aquí son dignos de que por ello les dé las gracias el firmante, que hace sinceros votos porque la GRAN PEÑA siga prosperando... y *jél que lo vea!*, aunque no sea por mucho tiempo...

Madrid, 30 de mayo de 1917.

José Lomas y Palato



FINAL DE LA MUDANZA - DIBUJO DE J. F. LARA



APÉNDICES

PRESIDENTES

de las Juntas directivas desde la creación
de la Gran Peña

GRAN interés tiene la siguiente relación de los peñistas que han dirigido la marcha de la Sociedad, y bien merecen su gratitud, que todos se han esforzado en hacer prosperar la PEÑA, ya venciendo dificultades en años adversos, o ya encauzando en épocas de esplendor la marcha económica hasta obtener la satisfactoria situación actual.

Especial mención es debida, a más del primer presidente, D. José María de Garamendi, que consiguió organizar la PEÑA, a D. Baltasar Llopis, que mereció, por su gran amor a la Sociedad, ser nombrado Presidente honorario antes de serlo

efectivo; al Duque de Tamames, que ejerció el cargo tan a satisfacción de todos durante siete años, siendo el que más tiempo lo ha desempeñado, y siguiéndole en esta circunstancia el Barón de Benifayó; y, por último, al Duque de Bivona, que ha tenido reservada la gran satisfacción de ver instalada la GRAN PEÑA en domicilio social propio, venciendo no pocas dificultades.

- 1869.—D. José María de Garamendi.
- 1870.—D. Francisco Antonio de Elorza.
- 1871.—D. José de Urbina.
- 1872.—D. José Macías.
- 1873.—D. Juan Cafuer.
- 1874.—D. Claudio Montero.
- 1875.—D. Mamerto Ordóñez.
- 1876.—D. Angel Rodríguez Arroquia.
- 1877.—D. Agustín Ruiz de Alcalá.
- 1878.—D. Emilio Terrero.
- 1879.—D. Sabas Marín.
- 1880.—D. Enrique Bargés.
- 1881.—D. Pedro Cuenca.
- 1882.—D. Juan Cafuer (segunda vez).
- 1883.—D. Francisco de Osma.
- 1884.—D. Baltasar Llopis.
- 1885-86.—D. Pedro Quintana.
- 1887-89.—Barón de Benifayó.
- 1890.—D. Francisco de Osma (segunda vez).

- 1891.—D. Federico Ochando.
1892-94.—Barón de Benifayó (segunda vez).
1895.—Conde de Gomar.
1896.—Marqués de Arcicollar.
1897-900.—Conde de Pie de Concha.
1901-902.—Marqués de Molins.
1903.—Conde del Serrallo.
1904-10.—Duque de Tamames.
1911-13.—Marqués de Portago.
1914-17.—Duque de Bivona.

Tan sólo el Marqués de Arcicollar produjo a la Sociedad la pena de que falleciera siendo presidente; el Conde del Serrallo y el Marqués de Portago abandonaron el cargo por haber sido nombrados gobernadores de Madrid, militar el uno y civil el otro.





PEÑISTAS FUNDADORES

que formaron la Sociedad en Marzo de 1869
y continúan perteneciendo a ella en 1917

AUNQUE son pocos, no es ociosa su mención, que ellos son los que más derecho tienen a congratularse de ver instalada en *casa propia* la Sociedad que han visto prosperar a través de tantas vicisitudes.

- D. Cayetano Alvear.
- Marqués de Bedmar.
- D. Leopoldo Cano.
- D. José Durán.
- D. Luis de Eugenio.
- D. José de Ezpeleta.
- D. Luis de Ezpeleta.
- D. Pedro Fernández Durán.
- (1) — D. José de la Fuente.
- D. José Gómez Pallete.

I I O

(1) *D. Emilio Godínez*

Ayuntamiento de Madrid

D. Juan Govantes.
D. Eduardo Labaig.
D. José Laguna.
D. Luis Martín del Yerro.
D. Juan Pacheco.
D. Francisco Pérez de los Cobos.
Conde del Serrallo.
D. Mariano Sichar.
Marqués de Sotomayor.

Los siguientes actuales peñistas ingresaron en la sociedad durante el resto del año 1869 y contribuyeron con los anteriores a la formación de la naciente PEÑA.

Vizconde de Bellver.
D. Ramón de Guardamino.
D. Federico de Rojas.
Marqués de Santa Genoveva.





REGLAMENTOS = CUOTAS

POCAS variaciones esenciales —quizá pueda decirse que ninguna— han sufrido los estatutos y reglamentos de la GRAN PEÑA desde los que tan sabiamente establecieron los fundadores, y las secundarias más salientes se han referido a alteraciones en el importe de las cuotas, tanto de ingreso como mensuales, de los socios propietarios y transeuntes. Desde el comienzo se estableció, y subsiste, la cláusula de ser la Sociedad ajena a todo acto de carácter o tendencia política o religiosa, como a toda clase de recreos ilegales. *Se consignó también con gran acierto, y perdura tal condición, que la responsabilidad de los peñistas se limita al pago de las cuotas reglamentarias y de los gastos que personalmente ocasionen.*

Tales circunstancias están consignadas en los *Estatutos*, que comprenden las que afectan a la existencia de la Sociedad, y han de ser sometidas, según la ley de asociaciones, a la autoridad civil, quedando para el *Reglamento* las disposiciones de orden interior, y siendo en uno y en otro las usuales en esta clase de documentos. Incluyóse en los primitivos estatutos el importe de las cuotas que debían pagar los peñistas, cuótas que en los comienzos de la sociedad fueron 15 pesetas de ingreso y 5 mensuales—6 y 2 escudos, respectivamente, de la moneda entonces legal—, elevándose pronto aquélla (noviembre de 1869) a 50 pesetas, y creándose al mismo tiempo la clase de socios transeuntes, que habrían de satisfacer mensualmente 7,50, pero no cuota alguna de ingreso. En febrero de 1875 se reduce esta cuota a 25 pesetas, y al año siguiente, en julio, se eleva la mensual de los peñistas propietarios a 7,50; en 1882 (julio) vuelve a ser de 50 pesetas la cuota de ingreso.

En 1884 se formaron nuevos estatutos y reglamento que, a pesar de no regir aún la ley de asociaciones promulgada en 1887, fueron sometidos a la aprobación de la autoridad, otorgándola en 18 de junio de aquel año el entonces



gobernador civil, y después memorable hacencista, Marqués de Pozo Rubio.

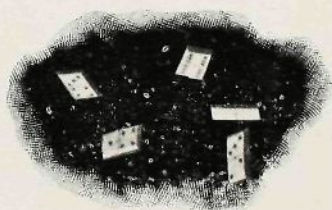
Los preceptos en ellos contenidos fueron tan sólo recopilación de todos los vigentes, con la única novedad de elevar a 100 pesetas la cuota de ingreso de los peñistas propietarios y a 10 la mensual de los transeuntes, continuando esta última de 7,50 para aquellos socios.

Después, y por acuerdo de las Juntas generales, se fijaron las cuotas de ingreso en 250 pesetas —octubre de 1885—, en 500 —mayo de 1886—, y otra vez en 250 en diciembre de 1887.

Nuevos estatutos, pero no reglamento, fueron aprobados en 1888 para acomodarse a las prescripciones de la ya citada ley de 1887, pero sin introducir variaciones esenciales. Tanto en esta como en las sucesivas modificaciones hechas en estatutos y reglamentos se excluye de sus preceptos la cuantía de la cuota de ingreso, dejándola a la resolución de la Junta general, que en octubre de 1890 la fija en 100 pesetas, para volver a 250 en noviembre de 1894; en 500 después —diciembre de 1896—, subiendo a 1.000 en marzo de 1905, y reduciéndola por sólo el mes de junio a 500 en abril de 1916. Las cuotas mensuales se elevaron en mayo de 1893 a 10 pesetas las de pe-

ñistas propietarios y 12,50 las de transeúntes; y en enero de 1915 a 12,50 las primeras, y las últimas a 15 y 17,50 para los segundos existentes o de nuevo ingreso. Esta última subida fué anulada, ya en prensa estos apuntes, en enero de 1917.

En noviembre de 1894 se promulgan nuevos estatutos y reglamentos, sin más alteraciones que algunas de orden interior y escasa importancia, y lo mismo sucede con las aprobadas en 1902, 1907, 1915 y 1917. Una modificación aprobada por la Junta general en enero de 1916, preceptúa que los peñistas que sean en adelante admitidos como transeúntes tengan los mismos derechos que los propietarios a formar parte de las Juntas general y directiva, con la sola excepción de la propiedad material, que sólo adquirirán cuando terminen de pagar la cuota de ingreso vigente al suyo como transeúnte con las sobrecuotas mensuales que se establecen.



ESTADÍSTICA FINANCIERA

Los estados y gráficos que siguen hacen ver, a más del número de peñistas, tanto propietarios como transeuntes, que han constituido la



COMEDOR

Sociedad desde 1869, los ingresos y gastos anuales y la distribución de estos últimos en sus principales conceptos. En todos ellos han sido redondeadas las cifras en millares de pesetas.

AÑOS	Socios.	Ingresos.	Gastos.
1869.....	388	41.000	41.000
1870.....	557	38.000	38.000
1871.....	438	34.000	34.000
1872.....	330	29.000	29.000
1873.....	319	29.000	29.000
1874.....	235	20.000	20.000
1875.....	241	25.000	25.000
1876.....	236	26.000	26.000
1877.....	239	30.000	29.000
1878.....	278	41.000	42.000
1879.....	304	40.000	39.000
1880.....	268	31.000	32.000
1881.....	251	32.000	29.000
1882.....	232	64.000	65.000
1883.....	294	94.000	83.000
1884.....	426	108.000	82.000
1885.....	340	174.000	197.000
1886.....	422	195.000	160.000
1887.....	389	220.000	200.000
1888.....	462	152.000	149.000
1889.....	478	175.000	155.000
1890.....	473	174.000	242.000
1891.....	539	188.000	183.000
1892.....	619	201.000	199.000
1893.....	621	143.000	155.000
1894.....	547	120.000	120.000
1895.....	526	143.000	135.000
1896.....	510	229.000	182.000

AÑOS	Socios.	Ingresos.	Gastos.
1897.....	520	200.000	193.000
1898.....	603	226.000	188.000
1899.....	649	273.000	188.000
1900.....	614	311.000	193.000
1901.....	737	428.000	204.000
1902.....	768	413.000	265.000
1903.....	742	334.000	216.000
1904.....	875	388.000	278.000
1905.....	807	409.000	470.000
1906.....	918	486.000	375.000
1907.....	961	485.000	325.000
1908.....	965	392.000	354.000
1909.....	972	378.000	351.000
1910.....	986	432.000	374.000
1911.....	1.061	366.000	345.000
1912.....	1.118	448.000	416.000
1913.....	1.116	494.000	364.000
1914.....	1.097	385.000	361.000
1915.....	1.105	343.000	381.000
1916.....	1.125	667.000	389.000
TOTALES.....	10.654.000	8.950.000	
Sobrantes	»	1.704.000	
		10.654.000	10.654.000

Gran Peña

1869 — 1916

1.000 500.000

900

800 400.000

700

600 300.000

500

400 200.000

300

200 100.000

Ingresos anuales —

Gastos —

Socios en 1º enero —

Socios

Pesetas

1869

1870

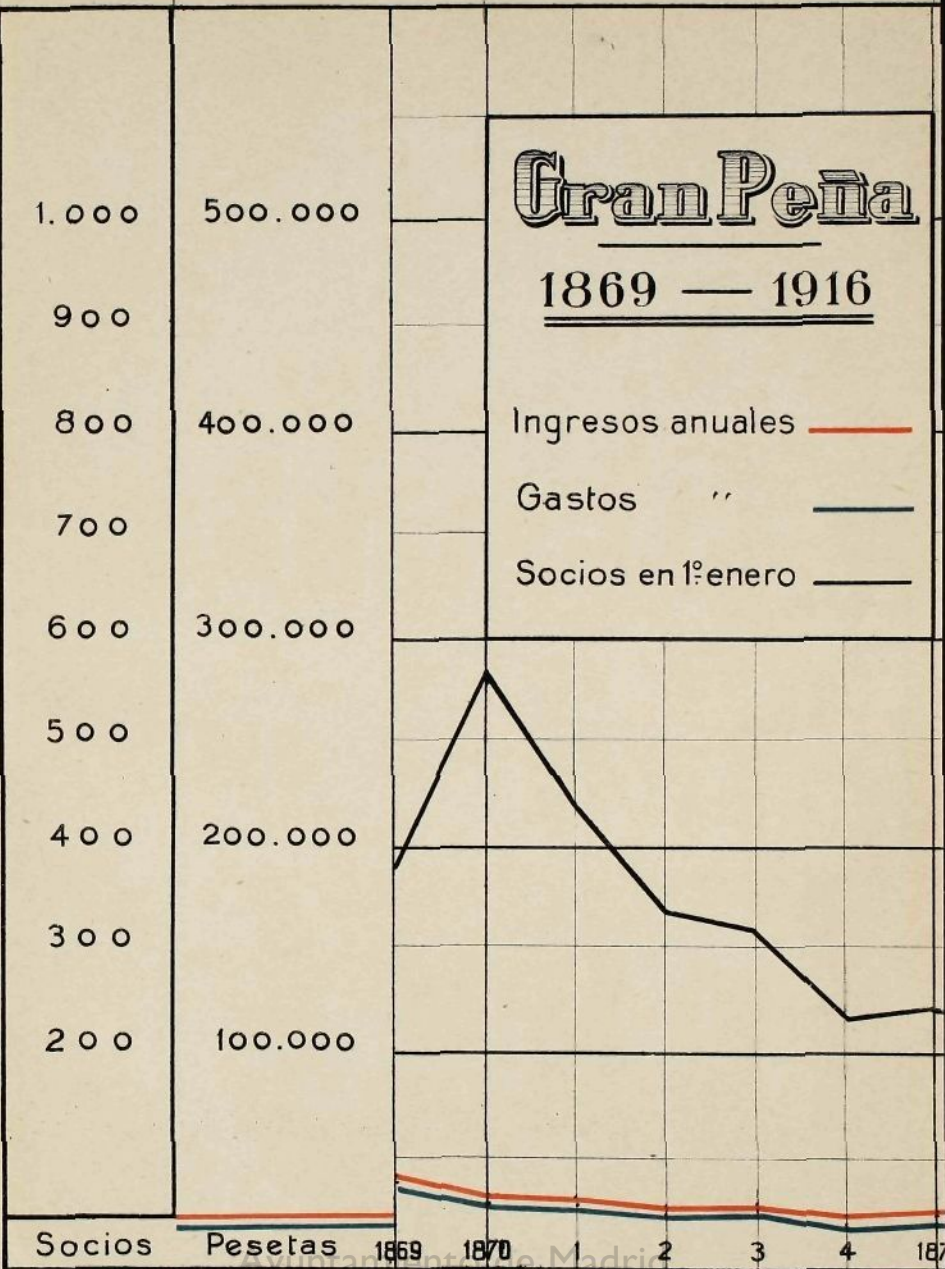
2

3

4

1871

ayuntamiento de Madrid



Gran Peña

1869 — 1916

Ingresos anuales —
Gastos —
Socios en 1º enero —

1.000
900
800
700
600
500
400
300
200

500.000
400.000
300.000
200.000
100.000

Socios

Pesetas

1869 1870 1 2 3 4 1875 6 7 8 9 1880 1 2 3 4 1885 6 7 8 9 1890 1 2 3 4 1895 6 7 8 9 1900 1 2 3 4 1905 6 7 8 9 1910 1 2 3 4 1915 6

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Distribución de los gastos en los principales conceptos.

		Pesetas.
Alquileres de las casas	981.000	
Obras.....	595.000	1.576.000
Contribuciones, timbres, etc		326.000
Personal de empleados y servicio..	1.930.000	
Vestuario.....	288.000	2.218.000
Biblioteca. Periódicos y libros.....		267.000
Alumbrado	1.023.000	
Calefacción	82.000	1.105.000
Coches. Subvenciones y gastos..	539.000	
Comedor. — — ..	136.000	675.000
Beneficencia, festejos.....		258.000
Resto de todos los demas gastos.....		2.525.000
TOTAL desde 1869 a 1916.....		8.950.000

Bien puede observarse, tanto en los *estados* como en el *gráfico*, la marcha financiera de la sociedad: modesta, sujetando los gastos a los ingresos, hasta 1883; variable hasta 1897, y francamente próspera después hasta obtener el importante capital que queda consignado. Debe advertirse que las cifras que aparecen en 1914, 1915 y 1916 están limitadas al presupuesto ordinario,

sin que se haya incluído en los ingresos el importe del empréstito de un millón de pesetas, ni en los gastos los ocasionados por el nuevo domicilio.

En 1901 se observa la cifra mayor, relativa, obtenida en el sobrante, que asciende a 224.000 pesetas, más de la mitad de la recaudación que alcanzó a otras 428.000. En cambio se produjo un *déficit* de 61.000 en 1905, motivado en gran parte por las obras hechas para habilitar los locales del piso bajo. El año de mayor recaudación, con pesetas 667.000, ha sido el de 1916, al cual corresponde también el mayor número de socios, que en enero suben a 1.125, llegando a 1.277 en mayo de 1917.

Las cifras más salientes del detalle de los gastos son las de obras hechas en la casa (pesetas 595.000), y subvenciones del comedor y carruajes (675.000).

Tampoco es despreciable la cantidad pagada por las diversas contribuciones (pesetas 326.000), a las que pueden agregarse otras 11.000 por los impuestos correspondientes a la emisión del empréstito, haciendo un total de 337.000 satisfechas al Estado. ...¡Y gracias que la compra del solar y edificación de la nueva casa están exentas de gabelas por las franquicias concedidas a las construcciones de la Gran Vía!...

Los gastos hechos en el nuevo edificio, cerrados en fin de 1916, llegaron a pesetas 1.927.000, según puede verse en el *estado* que sigue, y a ellos habrá que sumar otras 500.000 que se estiman necesarias para ultimar la instalación.

Y para terminar, que ya es hora, se incluye el inventario financiero de la entidad social en la indicada fecha; el capital propio asciende a pesetas 1.704.000, y no sufrirá alteración ninguna con los gastos producidos por la terminación de las obras. La inclusión en el *activo* del valor que pueda atribuirse al mobiliario aumentará en igual cantidad el *capital*, pero no tendrá gran importancia.

Y si alguno cree que cuarenta y ocho años de vida pueden dar más de sí... ¡allá él!

**Cantidades invertidas en el nuevo edificio social
hasta fin de 1916.**

	Pesetas.
Compra del solar.....	830.000
Construcción.....	1.071.000
Proyectos, planos, anuncios.....	7.000
Honorarios de arquitectos, abogados..., etc...	19.000
TOTAL.....	<u>1.927.000</u>

Situación en fin de 1916.

ACTIVO	Pesetas.
Caja: Existencia en efectivo.....	130.000
Banco de España: Saldo a ^s / _c	87.000
Valores del Estado: Importe de la existencia..	506.000
Fianza del alquiler de la casa antigua.....	10.000
Depósitos para diversos servicios.....	83.000
Valor actual del nuevo edificio.....	1.927.000
TOTAL.....	<u>2.743.000</u>

PASIVO	
Capital de la Sociedad.....	1.704.000
Obligaciones hipotecarias.....	1.000.000
Fianzas de empleados y Montepío.....	39.000
TOTAL.....	<u>2.743.000</u>

Y ahora sí que ¡lectores... no va más!





ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.....	I
Gran Peña	7
¡Fiat lux!.....	11
Los primitivos pobladores.....	15
Transición.....	25
Principio quieren las cosas.....	31
Vacas gordas.....	45
El libro de oro.....	57
Buscando candela.....	71
Casa propia.....	86
Última palabra.....	96

APÉNDICES

Presidentes de las Juntas directivas desde 1869	107
Peñistas fundadores que continúan siéndolo en 1917.	110
Reglamentos. Cuotas.....	112
Estadísticas financieras	116

Por un error inexplicable, en la página 77 se cita el nombre de *Gálvez* en vez de *Méndez*, inteligente jefe del *comptoir*. No hay ninguno de aquel apellido entre los empleados de la GRAN PEÑA.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE FORTANET
EN LOS PRIMEROS DÍAS
DE JUNIO DEL AÑO
MCMXVII

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MA